Tyrone
POWER
Joan
FONTAINE

SE FIEL A TI MISMO

300

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

SE FIEL A TI MISMO

Una maravillosa historia de amor y fe

Argumento
ERIC KNIGHT

Guión
R. C. SHERRIF

Producida por
DARRYL F. ZANUCK

Dirección
ANATOLE LITVAK

Es un film

PRINCIPALES
INTÉRPRETES

Tyrone Power - Joan Fontaine - Thomas Mitchell
Henry Stephenson - Nigel Bruce - Sara Allgood
Alexander Knox

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. J. Ferrer Coll :-: Valencia, 197 :-: Barcelona

SE FIEL A TI MISMO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Todo denotaba la más sobria elegancia y la distinción refinada de sus dueños: la construcción, el decorado, el amueblamiento y los detalles más nimios del ornato de sus habitaciones. La casa del doctor Gathaway era una de las casas más aristocráticas de Londres.

El mayordomo, que acudió a responder a la llamada telefónica, daba también el tono de la casa. Era uno de esos viejos mayordomos de la antigua escuela cuya raigambre se pierde en la infinidad del tiempo.

—Diga... Sí, aquí es... ¡Ah, es la señorita Prudencia! ¿Quiere usted hablar con el general?... Bien, señorita... así lo diré.

Dejó el teléfono y cruzó con paso majestuoso el amplio vestíbulo en dirección a la biblioteca en donde estaba reunida la familia en espera de la hora de la comida, escuchando las últimas noticias que la radio iba transmitiendo:

—A las seis y media de la tarde, en el bosque de Compiegne, ha sido firmado el armisticio entre Francia y Alemania. La resistencia de Francia ha terminado. Su fracaso es absoluto. Su caída completa. En Berlín, uno de los miembros del gobierno ha declarado que la conquista de Inglaterra, anunciada para fines de septiembre, estaba ahora totalmente asegurada con la caída de Francia ya que, la travesía del Canal entre Dover y Calais, requería muy pocos minutos de travesía para los proyectiles...

La voz del locutor quedó interrumpida súbitamente. El aparato de radio había sido cerrado con brusquedad.

—¡Ah... es uno de los mayores encantos de la radio! — exclamó Wilfred, que era quien había dado vuelta al conmutador—. Poderle hacer callar en el momento preciso en que nos molesta...

El mayordomo, en silencio, ofrecía a los reunidos el coctel, en bandeja de plata y en unas finísimas copas de cristal de Bohemia. Los reunidos continuaban su conversa-

ción paladeando sorbo a sorbo el delicioso néctar.

—¡Todo lo que está sucediendo es terrible y alarmante!—comentó la señora Dexter.

—¡Oh, a mí no me molesta lo que dice!—replicó el general—. Lo que me molesta es la voz del que lo dice: parece que tuviera en la boca una pelota de golf.

El viejo general rió su propia gracia. No gustaba comentar la tragedia mundial que se estaba viviendo cuando había delante gentes timoratas como la señora Dexter y su hija Iris. Ambas señoras eran damas anticuadas que no lograrían nunca adaptarse al nuevo ambiente. En cuanto a él, viejo general que había luchado heroicamente en la guerra del 14, estaba ahora retirado de toda actividad, aunque lamentaba muy de veras no poder tomar parte activa en las operaciones y hubiera deseado poder remontar en aquellos momentos el curso de su propia existencia y volver a los cuarenta años.

—Señor...—susurró el mayordomo al oído del general en el momento de presentarle una copa de coctel—. La señorita Prudencia ha telefoneado diciendo que llegaría un poco tarde; que no la esperen para la comida.

—Bien. Y Roger. ¿ha vuelto ya? —preguntó el general.

—Todavía no, señor.

—Concedámosle otros cinco minutos antes de sentarnos a la mesa. Los médicos no disponen nunca de su tiempo y mi hijo está ahora tan ocupado...

—Buenas noches... buenas noches a todos y ruego quieran disculpar mi tardanza — interrumpió Roger que llegaba en aquel momento, estrechando la mano a los invitados y saludando con una sonrisa a su padre el general y a su hermana Iris.

—En el hospital debes tener un trabajo enorme estos días.

—Sí; continuamente llegan heridos y enfermos... la mayoría de ellos por el simple choque de los explosivos... Son gentes que se han pasado días y días sin poder dormir y a los que es preciso enseñarles cómo se cierran los ojos para conciliar el sueño — replicó el doctor Cathaway, sin entrar en detalles de todos los horrores que veía desfilar por el hospital.

—¿Has oído las noticias de esta tarde?

—Sí... Ahora ya sabemos a qué atenernos.

—Napoleón conquistó Europa entera... pero no logró poner el pie en Inglaterra.

—Pero Napoleón no tenía una flota aérea...

—Bien... sin embargo no es motivo para que nos alarmemos—comentó Wilfred, que era optimista y se resistía a ver las cosas por su peor lado.

—Yo creo todo lo contrario—replicó rápido Roger—. Yo creo que ya es hora de que comencemos a alarmarnos y a preparar nuestra propia defensa. ¿Sabéis lo que dicen nuestros enemigos cada noche en sus rezos?... "Dios mío, haced que los ingleses continúen en su

fiema un año más... y nunca más necesitaremos de vuestra ayuda."

—¡Oh, no digas tonterías, Roger! — exclamó Iris con un gesto de desdén.

—Vamos, vamos... nunca ha habido discusiones en esta casa, y no vamos a empezar a tenerlas esta noche... Roger tiene razón: ahora ya sabemos a qué atenernos con respecto a los planes de nuestros enemigos; es la única forma de poder defendernos de ellos.... Bien, vamos a comer antes de que la sopa se enfríe.

Se sentaron en torno a la mesa y la conversación se hizo general sobre varios temas sin importancia. Roger comenzaba a impacientarse por la tardanza de su hija.

—¿Ha dicho la señorita Prudencia por qué llegaría tarde? — preguntó al mayordomo.

—No, señor.

—Roger, tú eres el padre de Prudencia y no me incumbe a mí ocuparme de ella—dijo Iris en un tono altivo y de reproche—. Pero en mi opinión esa niña se está portando de un modo muy... ¿cómo diría yo?... que está muy poco de acuerdo con nuestra posición y nuestra alcurnia. Ayer por la tarde llevó a Higgins, el jardinero, en su automóvil a pasear, en lugar de asistir a la fiesta de caridad organizada por Lord Evesham.

—Higgins está convaleciente. Le extirpé el apéndice hará poco menos de un mes.

—Esto no concede privilegios especiales a los jardineros — replicó la inflexible Iris.

—También extirpé el apéndice a Lord Evesham... Ya ves como el Lord y el jardinero tienen analogía... — comentó Roger que no abundaba en las ideas estrictas de su hermana.

—Tus argumentos son por completo ridículos. No soy contraria a la igualdad...

Prudencia interrumpió la frase de su tía entrando en el comedor precipitadamente:

—¡Oh, abuelo, cuánto siento llegar tan tarde!—exclamó, yendo a besar la frente del general que sonrió complacido—. Buenas noches a todos... ¿me permiten que me siente a la mesa sin cambiar de vestido?

—Desde luego, pequeña—dijo el general acariciando la mejilla de su nieta—. Creíamos que te había secuestrado algún paracaidista alemán...

Prudencia rió. Era una criatura encantadora. ¿Tendría veinte años? Quizá sí. Era alta, delgada, suave de línea, con un pelo muy rubio y unos ojos claros y nobles que miraban de frente, sin miedo, sin orgullo, con una mirada luminosa y dulce que parecía suplicar clemencia para cualquier cosa que, inconscientemente, pudiera cometer haciendo daño.

—¿Por qué has venido tan tarde?—le preguntó su padre, a cuya derecha se sentó la muchacha.

—Fuí a la peluquería... y tuve que hacer luego infinidad de cosas... compras... y... y luego... he ido a alistarme en las Fuerzas Auxiliares Femeninas de Aviación.

Prudencia había dado la noticia un poco tímidamente, porque no se le escapaba que su decisión no sería del agrado de todos.

—¿Qué te has alistado... simplemente, como soldado raso?—inquirió Wilfred—. Si me lo hubieras dicho yo te hubiera hecho entrar como oficial.

—Pero es que yo no quería entrar con recomendación... Y no quiero ser oficial hasta que conozca bien mis deberes de soldado—replicó Prudencia con una suave energía.

—¿Pero no sabes que Anita Smith, la que fregaba los suelos de la escuela, ha entrado también como soldado raso en ese cuerpo? —preguntó tía Iris, mirando con desafío a su sobrina.

—Sí... fuí yo misma la que le di la idea y la que le dije que era su deber hacerlo—replicó Prudencia con aplomo.

—Durante muchas generaciones, Prud—arguyó Wilfred—, los Gathaway han sido directores... no súbditos... Al alistarse como soldado en ese cuerpo femenino has roto la tradición de los Gathaway que siempre se han enorgullecido de poder mandar.

—Seguramente hay alguna doble intención en ese alistamiento... —comentó Iris en tono mordaz.

Prudencia la miró fijamente y preguntó en un tono en el que vibraba toda su casta:

—¿Qué pretendes insinuar con tus palabras?

—Nada, querida, nada... Sólo he querido decir que las muchachas de hoy día son capaces de hacer cualquier cosa para ditinguirse de las demás... aunque sea a expensas del nombre que llevan.

—Mi decisión no es una mancha para el nombre que llevo... Pero no podemos entendernos tú y yo, tía... Yo vivo en el año 44 y tú te quedaste en el 88. Tú y toda la gente que piensan como tú son peores enemigos para Inglaterra que el propio Hitler... porque algún día miraremos hacia atrás y tendremos que dar las gracias a Hitler por habernos despertado de un largo sueño... y en cambio, nunca podremos darte las gracias a ti por creer que cuatro millones de habitantes de Inglaterra viven únicamente para hacerte a ti la vida placentera... Tu odio a la guerra no se funda en otra cosa más que en tu propio egoísmo... La odias porque apagan las luces en cuanto anochece... porque no puedes usar para el baño las sales que te venían de Alemania... y porque tienes miedo de que algún día los soldados que luchan hoy en el frente se den cuenta de que no merece la pena luchar y exponer la vida para salvar la vida de gentes como tú...

—¡Prud!... — exclamó tía Iris, desconcertada. Pero sobreponiéndose, no queriendo perder el control de su dignidad ofendida, se puso en pie y añadió: —¿Vamos a la biblioteca a tomar el café?

—Vamos—dijeron los invitados, contentos de no asistir a una discusión familiar que podía tener derivaciones molestas.

Sólo el viejo general y Rogers se retrasaban, admirados de la ener-

gía con que había hablado la pequeña y contentos, en lo más íntimo de su conciencia, de ver revivir en ella sus propios ideales.

—Papá... ¿no viene? ¿Y tú, Roger?—dijo Iris, ya desde la puerta del comedor.

—Sí, sí, ya vamos—replicaron a un tiempo, siguiendo, a regañadientes, a Iris y dejando sola en el comedor a Prudencia que sólo empezaba entonces a comer.

—Me parece que he sido demasiado dura, Parson — murmuró Prud, mirando al mayordomo con una dulcísima sonrisa.

—Al contrario, señorita, al contrario — replicó el viejo servidor que admiraba sinceramente a la muchacha moderna capaz de hacer frente a todos los convencionalismo ancestrales de aquella vieja aristocracia.

* * *

Alineadas en formación militar estaban las nuevas reclutas mientras la sargento pasaba lista:

—Janet Beaton.

—Presente.

—Alicia Morgan.

—Presente.

—Rena Smith.

—Presente.

—Prudencia Gathaway.

—Presente.

Prud estaba entre las nuevas reclutas. Había dejado todo el confort de su casa, todo el bienestar que la rodeaba, todos los mimos y atenciones de su padre, para ir a prestar sus servicios como auxiliar femenina de aviación. La Patria sufría; la Patria estaba en peligro; la Patria sangraba por millares de heridas... ¿Qué era su pequeño sacrificio comparado con el sufrimiento de su Patria?

La sargento continuaba pasando lista, mientras una voz, a su lado, comentó entre dientes:

—Todo eso no es más que puro formulismo... ¿No lo ven, que estamos todas aquí, sin tener que gritar a voz en cuello nuestros nombres?

Prud no pudo contener una sonrisa ante aquel pueril comentario, y miró a su compañera que había contestado al nombre de Violeta Worthing. Era una muchachita que debía venir del campo a juzgar por su aspecto un tanto descuidado; o quizá fuera del mismo pueblo, porque sus aires eran completamente aldeanos.

—¿Vives en Gosley? — preguntó la voz de Violeta, mientras la Sargento seguía pronunciando los más diversos nombres femeninos.

—No... vivo muy lejos... cerca de Walsham.

—Yo soy del pueblo... ¿Conoces a algún chico?

—No... no — rió Prud, divertida por aquella chica que se le hacía simpática por su ingenua sencillez.

—No te preocupes... yo te pre-

sentaré a alguno para que no te aburras tanto...

La sargento había terminado la lista y daba órdenes. Las nuevas reclutas cargaron sus sacos a la espalda y entraron en el edificio habilitado para cuartel, pasando seguidamente al departamento de uniformes en donde se les facilitó a cada una de ellas todo el equipo correspondiente.

Violeta y Prudencia se habían vestido casi al mismo tiempo y se miraron la una a la otra sorprendidas por la transformación sufrida con el atuendo militar.

—¿Qué tal estoy?—inquirió Violeta, dando una vuelta completa sobre su eje.

—¡Estupenda! ¡Pareces un coronel! ¡Ojalá yo haga tan buen efecto como tú!—replicó Prudencia, abrochándose la guerrera.

—¿Tú?... Si yo parezco un coronel ya puedes decir que tú eres el capitán general. ¿Tienes un lápiz de labios?

—Sí, toma.

Violeta comenzó a pintarse los labios ante el espejo, sin dejar de hablar, proponiendo a Prud divertirse mucho con los muchachos del pueblo los días que tuvieran permiso para salir a pasear. Pero pronto la llamó la sargento:

—¡Quítese el rojo de los labios! Está usted en el Ejército y el maquillaje no va con el uniforme.

—¡Oh... perdone... no lo sabía!—exclamó Violeta, pasándose el dorso de la mano por su boca para borrar la huella roja del lápiz.

Devolvió el lápiz a Prudencia mientras le decía:

—Perdona, chica, que te lo haya malgastado.

—No te preocupes, no tiene importancia—replicó Prud.

Por la noche volvieron a encontrarse reunidas en el dormitorio; sus camas eran vecinas. Violeta preparó su mesilla de noche con todos sus enseres más queridos, como si aquello fuera su propio hogar, y, presidiéndolo todo, colocó una magnífica fotografía en la que aparecía ella al lado de un soldado:

—Es Joe... un muchacho que se me va a declarar—explicó a Prudencia que también estaba arreglando sus cosas—. ¿Verdad que es guapo?

—Muchísimo—afirmó Prud.

—Y tú... ¿estás casada?

—No.

—¿Tienes novio?

—No; todavía no.

—Bien... Mira, esta noche, a las ocho, vendrá Joe a buscarme... Le diré que te traiga a algún amigo suyo para ti...

—¡Oh... no... si acaso otro día!—rió Prudencia a la que hacía mucha gracia el modo expeditivo que tenía Violeta para resolver las cosas.

—Como tú quieras; pero si no te buscas algún chico te vas a aburrir mucho.

* * *

No quedaba mucho tiempo para aburrirse en el cuartel. Cada hora

tenía su ocupación y el ejercicio militar ocupaba casi todas las horas. Las muchachas formaban en el patio del edificio y seguían, en una magnífica disciplina, las órdenes que iban recibiendo. Se las entrenaba en el paso marcial, en el uso de las caretas antigás, en el modo de ayudar a las fuerzas de aviación tanto en el momento de despegue como en el de aterrizaje y a cuidar a los heridos practicándoles las primeras curas de urgencia. Todo ello llenaba por completo la vida de las reclutas y la misma Violeta se había convencido de que no quedaba demasiado tiempo para divertirse con los muchachos de la localidad.

Pero no renunciaba por entero a sus aspiraciones. Aquella tarde, en un momento en que se encontró junto a Prud en los diversos ejercicios a que las sometían, le preguntó por lo bajo:

—¿Qué haces esta noche?

—Nada. ¿Por qué?

—Luego te lo diré.

Los ejercicios volvieron a separarlas y las dos siguieron, rigidamente, la disciplina militar que voluntariamente habían aceptado. Cuando terminó el entrenamiento y se les concedió tiempo libre, Prudencia buscó a Violeta y la interrogó:

—¿Qué era lo que tenías que decirme?

—Es acerca de Joe... Mañana vuelve a incorporarse a la marina... y esta noche es la última noche en que yo tengo alguna esperanza de que se me declare...

—Pero si yo creí que ya se te había declarado la otra noche...

—No... verás... no me atreví a decírtelo, ¿sabes? Pero te voy a explicar lo que sucedió... Cuando se iba a declarar sonó la sirena de alarma... y ya no fué posible. En aquel momento hubiera asesinado a todos esos alemanes...

—Bien... esta noche se te declarará, mujer, no te preocupes.

—No tengo esperanza... a menos que hagamos algo para conseguirlo... Esta mañana me ha llamado y me ha dicho que esta noche vendría con un compañero... ¿Sabes? No es que Joe no me quiera, no... pero es tímido y, sobre todo, le tiene mucho miedo al matrimonio... Por eso se trae a un compañero para que le sirva de pantalla para no tener que declararse... ¡Y mañana vuelve a incorporarse a filas... y yo me quedaré compuesta y sin novio! Prud... ¿quieres ayudarme?

—Sí... ¿qué quieres que haga?

—Ven conmigo esta noche y da conversación al compañero de Joe. ¿Quieres?

—Pero Vi... ¡Si no le conozco!...

—No importa... Esta noche a las ocho. No me dejes sola, Prud... Me voy, que me llama la sargento... ¡No me dejes sola!

Corrió Violeta a cumplir las órdenes que le daban y Prud se quedó sonriendo. ¡Bah, no le costaba gran trabajo salir con Vi y dar conversación al compañero de Joe! Seguramente, sería algún palurdo como él. Una hora se pasa pronto. Al fin y al cabo, aquella hora que tenían de permiso cada noche antes de acostarse, paseaba siempre

sola. Sería bueno cambiar conversación con alguien, aunque fuera un desconocido.

Salieron del cuartel después de haber dado sus nombres a la que estaba de guardia y las dos muchachas caminaron juntas por la oscuridad de las calles sometidas al régimen de guerra.

—¿Dónde estarán? — preguntó Prud que no acertaba a ver nada en aquella confusión de las tinieblas.

—Por aquí les hemos de encontrar... Está esto tan oscuro que sólo les reconocemos por las voces.

—¡Vi...iiiii! — llamó una voz.

—Aquí están... Joe, ¿eres tú?

—Sí, somos nosotros — contestó la voz de Joe, mientras dos bultos negros avanzaban hacia las dos muchachas.

—Esta es mi compañera Prudencia Gathaway—presentó Violeta—. Tenía ganas de pasear y la he traído conmigo.

—Y éste mi compañero Clive Briggs—presentó Joe, a su vez—. ¿Queréis que vayamos al cine?

—¡Oh, hace una noche demasiado bonita para encerrarse!—replicó Prud, recordando la promesa hecha a su amiga—. Yo preferiría dar un paseo por las afueras.

—Podemos ir los cuatro — sugirió Joe, con la voz un poco alarmada.

—¡Oh, no, Joe! — dijo Violeta, muy mimosa—. Prud y el señor Briggs no nos necesitan para nada... y nosotros tampoco les necesitamos a ellos, ¿no es cierto? Nos volveremos a encontrar aquí a las diez en punto. Hasta luego...

Cogió del brazo a Joe y se perdieron en aquella profunda oscuridad.

Prud caminó al lado de aquel desconocido. No podían verse las caras. Ninguno de los dos hubiera sido capaz de reconocer al otro si al día siguiente se hubieran encontrado en la calle. Prud encontraba divertida la aventura. Pero su compañero parecía demasiado silencioso. Marchaba al lado de ella sin pronunciar palabra, como un fantasma o como su propia sombra.

—Esta noche hay un concierto en el campo. ¿Le gustaría ir a oirlo?

—Si usted quiere... A mí me es igual—replicó, azuzado por la pregunta.

—O quizá prefiera pasear...

—En realidad todo me es indiferente.

No eran aquellas frases muy halagüeñas ni capaces de dar ánimos a la muchacha. Pero Prudencia no se preocupó por ello. El caso era haber apartado del lado de Joe a aquel a quien Violeta había llamado la "pantalla". En realidad sólo les hubiera servido de estorbo, porque no hubiera sido capaz de darles la más pequeña conversación.

Un largo rato anduvieron en silencio, escuchando sólo el sonido de sus propias pisadas. Fué la voz de Clive la que rompió aquella monotonía:

—¿Es esto lo que usted acostumbra hacer cuando sale... como hoy?

—No acostumbro salir nunca como hoy—contestó Prud, captando el sentido de aquella pregunta, pero sin sentirse ofendida por ella.

—Le ruego me perdone. Es usted una recluta excepcional de las fuerzas auxiliares de aviación, ¿no es eso?

—No tengo nada de excepcional. Si quiere saber la verdad me he prestado a salir con usted para hacer un favor a mi compañera. ¿Sabe usted o no lo sabe que Joe y Violeta están enamorados?

—No, no lo sabía... Y si he de ser franco, como lo ha sido usted conmigo, me importan un comino Joe y Violeta.

Habían llegado junto al mar, tras las alambradas, y se detuvieron contemplando un resplandor que se divisaba a lo lejos.

—Están bombardeando Dover... o quizá sea Canterbury — murmuró Prud en voz baja, sobrecogida por la angustia de todos aquellos que en aquellos momentos sufrían el terror del bombardeo.

—No... es más al norte... Hacia el estuario del Támesis... Creo que deben ir directos a Londres.

—Cualquier día bombardearán nuestro campamento.

—No tenga usted miedo... no malgastarán bombas para destruir las fuerzas auxiliares femeninas de aviación — dijo Clive en un tono despectivo y burlón.

—¿Por qué no?

—¿No comprende usted que una bomba vale miles de libras? Podríamos dar la vuelta al mundo con lo que cuesta una bomba...

—Necesitaríamos una para cada uno, para dar la vuelta al mundo con todo confort—rió Prudencia.

—Sería un despilfarro... ¿Quiere un cigarrillo?

—Gracias—dijo Prudencia aceptándolo.

Clive le ofreció fuego para encenderlo y contempló un momento el rostro de la muchacha a la luz titilante de la cerilla.

—¿Puede saberse qué hace la aristocracia inglesa en las filas de las fuerzas auxiliares femeninas de aviación? — le preguntó, dándose cuenta de que aquella muchacha no era lo que en un principio había imaginado.

—No entiendo qué es lo que quiere usted decir.

—Me parece reconocer en la suya la voz orgullosa de los Lores hablando al paciente pueblo inglés.

—¡Ah!... ¿Es usted uno de esos que odian por sistema a la aristocracia?

—Ni la odio ni la admiro... La ignoro—afirmó Clive en aquel tono despectivo que no había dejado ni por un momento.

—¡Oh... debe de ser terrible para ellos!—rió Prud, que no quería tomar en serio las palabras del muchacho.

Clive permaneció en silencio y Prud continuó tras una breve pausa:

—Aunque yo perteneciera a esa clase que usted, tan despectivamente, llama aristocracia, ¿qué objeción podría hacerme por haberme

alistado en ese cuerpo de auxiliares femeninos?

—Ninguna... Unicamente pensaba en el poder de las clases elevadas... Por otra parte no se imagine usted que vestir un uniforme quiere decir que queda convertida en una Juana de Arco.

—No tiene usted fe en las muchachas que vestimos uniforme—se limitó a comentar Prud—. En una palabra, me parece adivinar que tiene usted fe en muy pocas cosas.

—Creo en las gentes que saben lo que hacen y saben donde van...

—Lleva usted una amargura infinita en el fondo de su alma.

—Creo que ya es hora de ponernos en movimiento—replicó Clive, eludiendo la frase de su compañera.

—¿Ponernos en movimiento? Extraño modo de expresarse... Recuerda a los gitanos...

—... o a lo vagabundos — añadió Clive en un tono grave, emprendiendo a paso lento el camino de regreso.

No volvieron a cruzar la palabra hasta que llegaron frente al cuartel.

—Hemos llegado... Perdone, no sé su nombre — murmuró Clive, tendiendo la mano a la muchacha.

—Prudencia. Prudencia Gathaway.

—¡Prudencia!... Bien... buenas noches, señorita Gathaway.

Miró en torno suyo. Todas las muchachas regresaban con sus respectivos compañeros y se despedían rápidamente de ellos con un furtivo beso: eran los esposos, los novios, los hermanos, que habían venido a pasar con ellas breves instantes antes de partir de nuevo para el frente; ni la despedida podía ser larga, porque hubiera sido demasiado dolorosa, ni podía ser fría, porque acaso fuera la última. Por eso sellaban todos con un beso aquel adiós que, queriendo ser un "hasta luego", podía convertirse en un "adiós" eterno.

Clive se inclinó y besó también levemente la frente de Prudencia.

—¡Adiós! — murmuró ésta, sin rehuir el beso, pero sin devolverlo.

—¿Nos volveremos a ver?

—No sé.

—¿El sábado por la tarde?—insistió él.

—No sé... No puedo prometer nada. No dependo de mí.

—La esperaré en la playa.

—Bien... pero... pero suponga que no puedo ir.

—Da lo mismo. Todo es indiferente.

—Al fin dice usted la verdad—exclamó Prud, interesada por el extraño modo de ser de aquel desconocido—. Buenas noches.

—Buenas noches...

Las reclutas se encaminaron a su cuartel. Fueron recibidas por la sargento que con una lámpara sorda en la mano las iba examinando una a una pronunciando sus nombres. Todas estaban. Ninguna había desertado. Todas volvían al cumplimiento de su deber después de aquel breve espacio de libertad.

Cuando Prudencia estaba acostándose, Violeta aprovechó el momento para decirle emocionada y contenta:

—Prud, nunca te agradeceré bastante lo que esta noche has hecho por mí. Ha ido estupendamente. No he tenido que hacerle ni la más pequeña insinuación. Todo ha salido espontáneamente de él...

—Me alegro, Vi. Me ha parecido un muchacho muy simpático.

—Ya sabía yo que te gustaría... ¿Y qué tal el compañero de Joe?

—No le he podido ver el rostro ni por un instante. La oscuridad es tan completa... Pero me ha parecido que olía a limpio. Buenas noches, Vi.

—Buenas noches, Prud.

Se embozaron ambas entre las sábanas y pronto el sueño vino a hacer todavía más dulces sus quimeras de juventud.

* * *

Estaba tumbado en un montón de paja cerca de la playa. No tenía nada que hacer. Le parecía que el tiempo se había detenido y que durante miles y miles de años sería para él como en aquel momento: ociosidad, ociosidad y nada más que ociosidad.

¿Esperaba? Ni él mismo se lo había preguntado, ni siquiera se preocupaba del por qué estaba allí, aquel sábado por la tarde. No tenía nada que hacer y le era indiferente estarse tumbado frente al mar o estar metido en un café bebiendo whisky tras whisky.

Una voz femenina le hizo incorporarse rápidamente:

—Buenas tardes... Siento mucho haber llegado tan tarde.

Prudencia Gathaway estaba ante él, con su uniforme de soldado que no restaba ningún encanto a su figura ni a su delicadeza femenina y aristocrática.

—¡Oh! Me alegro mucho de que haya venido—afirmó Clive, mirándola sorprendido—. Así... ¿es de veras usted misma la muchacha con quien hablé la otra noche?

—La misma — rió Prud, porque también a ella le asombraba un poco ver a su desconocido acompañante.

—¿Quiere que paseemos un rato? ¿Tiene mucho tiempo de libertad?

—Sí, mucho tiempo, y podemos pasear sin prisa.

Caminaron uno junto al otro y entraron en un café que estaba cercano. Lo invadía la multitud. Soldados, soldados y soldados por todas partes; eran los muchachos que gozaban de unos días de permiso y que todo lo llenaban con sus gritos, sus cantos, sus risas, su desbordada alegría de sentirse, aunque sólo fuera por breves días o acaso por unas breves horas, junto al hogar, en una paz de la que no habían gozado durante muchos meses.

Se sentaron en una mesa en la que había ya otros dos comensales. Esperaron pacientemente, pero

la dueña del establecimiento no acertaba a complacer a tanta clientela que se empeñaba en pedirle las más diversas y heterogéneas cosas, como si todo estuviera igual que antes de la guerra, como si no hubiera restricciones y las cartillas de racionamiento no hubieran jamás existido. De todos los rincones del inmenso salón se alzaban voces ensordecedoras:

—¡Dos huevo al plato!

—¡Jamón con tomate!

—¡Tarta de mermelada!

—Un momento... un momento... un momento... o me voy a volver loca—gritaba la pobre mujer queriendo sobreponerse a aquel tumulto de voces y de gritos—: ¿Quién pide huevos al plato? ¡No oigo más que esos dichosos huevos al plato! Ya va... en seguida se los servirán...

—¡A ver, una mesa para dos!—gritó un soldado que entraba en aquel momento del brazo de una deliciosa rubita.

—¡Una mesa para dos! ¿Habráse visto impertinencia semejante? ¡Pedir una mesa para dos, viendo cómo está el local...! ¡Que se sienten en el suelo, si quieren! — replicó la patrona, yendo de un lado para otro, sin lograr atender a nadie.

Prudencia y Clive esperaron pacientemente un cuarto de hora, veinte minutos, media hora... y viendo que no lograban obtener resultado ninguno de las múltiples tentativas para conseguir que les sirvieran algo caliente, se levantaron y salieron del establecimiento seguidos por las airadas protestas de la patrona:

—¿A dónde va ese par...? Ocupan la mesa durante media hora y luego se largan sin hacer la más pequeña consumición...

Ni Clive ni Prud hicieron caso de aquellas palabras. Se detuvieron junto al mostrador y compraron unos pasteles de nata por los que Prud se había encaprichado y, con ellos dentro de una bolsa de papel, salieron a la calle en el momento en que un formidable estampido se dejó oír, sobrecogiendo de pavor a la muchacha.

—No es más que un trueno—rió Clive—. No se asuste.

La tempestad estaba sobre sus cabezas y caía un formidable aguacero.

—¿Qué es lo que hacen un chico y una chica cuando el tiempo se pone contra ellos?—preguntó Clive, mirando al cielo.

—Depende de quiénes sean ellos y de cuáles sean sus gustos: unos irían a cobijarse en el hueco de los árboles, otros irían al cine, otros entrarían en un salón de té...

—Salimos de un salón de té en este momento... y supongo que los huecos de los árboles no nos reportarían gran abrigo contra este diluvio. Lo más prudente será que vayamos al cine. Vamos.

Le puso su gabardina sobre los hombros, se hundió él el sombrero hasta las cejas y, cogiéndola del brazo, corrieron a través de la calle inundada, cruzándola rápidamente para alcanzar el cine más cercano; pero las puertas del cine no se

abrían hasta las 6,30... ¡y sólo eran las 3 de la tarde!

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Prudencia, riendo.

—¿Volvamos al salón de té?

—¡Oh, no, por favor! Prefiero el aire libre a aquella atmósfera enrarecida. Lo mejor será que vuelva al cuartel.

—¡Pero si es tan temprano! No se marche todavía... Mire, allí hay un hotel. Acaso quieran servirnos alguna bebida caliente y podremos comer allí nuestros pasteles de nata... Vamos.

Volvieron a arrebujarse en la gabardina y cruzaron de nuevo bajo la lluvia torrencial, entrando en aquel hotel sórdido, oscuro, viejo, que en aquel momento les pareció a ellos un rincón del paraíso porque estaba al abrigo de la lluvia y de la tempestad.

El propietario, avisado por su recelosa hija, les recibió poco afablemente, mirándoles de pies a cabeza como si quisiera penetrar en los más recónditos secretos de sus intenciones.

—¿Qué es lo que desean?

—Una habitación para poder secar nuestra ropa y tomar algo caliente sentados frente a la chimenea. Venimos ateridos.

—No tenemos habitación—replicó el hombre, que seguía mirándoles como si fueran dos malhechores—. No es éste el lugar que ustedes imaginan... Se han equivocado. Mi casa es una casa decente.

—¡Una casa decente! ¿Qué es lo que ha sido capaz de imaginar?—gritó Clive enfurecido—. ¡Su casa no sé lo que será... pero desde luego no queremos permanecer en ella ni un instante! ¡Si está tan sucia como su pensamiento necesitaríamos pasar después por la sala de desinfección!...

—Clive... déjale... vámonos...—decía Prudencia en voz baja, temerosa de que el incidente adquiriera mayores proporciones

—¡Márchense enhoramala!—gritó el hombre—. Vayan donde se les antoje, pero salgan de mi casa... ¡o llamaré a la policía! Así verán que aun queda decencia... con guerra o sin ella.

—¡Oh, vamos, vamos, Clive! —insistió de nuevo Prudencia, a la que ofendían las palabras soeces de aquel hombre.

Salieron del hotel. Seguía aún diluviando. Tomaron un autobús con la intención de volver al cuartel, pero equivocaron el número del autobús y tuvieron que bajar en pleno campo, a indicación del cobrador, que les aseguró que por allí pasaba otro autobús, el número 17, que les conduciría muy cerca del cuartel.

—¿Y qué hacemos ahora? — inquirió Prudencia, mirando desolada en torno suyo, en aquel descampado en donde la lluvia parecía arreciar aún más.

—Mire, allí hay un cobertizo con paja. Vamos a él y podremos esperar tranquilos el 17, sin mojarnos y calentándonos en la paja... ¡Verá qué bien lo vamos a pasar! — exclamó Clive con ironía—. ¡Ha sido una tarde maravillosa! El salón de té de bote en bote; el cine cerrado; arrojados por indeseables de un hotel; confundidos al tomar un

autobús... y ahora aquí, en un pajar... como si estuviéramos en el corazón mismo de la vieja Inglaterra.

Había colgado en uno de los postes que sostenían el cobertizo la gabardina, que chorreaba, y se dejó caer en la paja, que era como un lecho confortable y acogedor.

Prud se sentó cerca de él, tiritando.

—¿Tiene frío?

—No. Me encuentro perfectamente bien. El calorcito de la paja me reanima. Vamos a comer nuestros bollos... si es que el aguacero no los ha estropeado.

—Gracias... yo prefiero tomar algo que me entone más. Un poco de whisky... ¿Quiere?

Encogió la naricilla en un gesto de repugnancia:

—No lo he probado en mi vida.

—Pruébelo ahora... le hará bien. Tome—dijo Clive, ofreciéndole la botella, pero la retuvo un momento, añadiendo mientras la descorchaba:

—Cuando se ofrece vino o licor a una señorita debe presentársele la botella descorchada.

—Sobre todo si la señorita se encuentra en un pajar—rió Prud, que todo lo echaba a broma.

—Beba, no tenga miedo... ya verá como no es tan malo... ¿Qué tal, eh? ¿No ha estado usted nunca... beoda... ciega, inconscientemente beoda?—preguntó Clive.

—No... ¿Y usted?

—Sí. Hace dos noches me emborraché a conciencia... Bebí más que una cuba.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Bien... siempre hay alguna razón que empuja a la gente a beber hasta la inconciencia.

—Seguramente... Pero, dígame, ¿en qué consiste la vida en el campamento de las Fuerzas Femeninas Auxiliares de Aviación?

—Es como un reloj al que se diera cuerda hora tras hora hasta poner tan tenso el resorte que sólo al ver a otra mujer o escuchar otra voz femenina la haría lanzar a una alaridos de desesperación... Por esto necesitamos salir algunas veces y charlar con un hombre y convencernos de que en la vida hay algo más que mujeres y mujeres y más mujeres... Que hay algo que lleva un par de pantalones...

—Bien: yo soy ese algo que lleva un par de pantalones — replicó Clive, sonriendo por primera vez dede que se habían encontrado.

Prudencia rió con una risa fresca y juvenil.

—¿Sabe? La otra noche que salí con usted no pude ver en absoluto sus facciones, pero adiviné exactamente cómo era...

—¿Y cómo soy?—inquirió Clive, curioso.

—Pues... más bien guapo que feo... Un rostro agradable... una nariz acaso un poco respingona... la boca un poco demasiado grande... Pero sus ojos son bonitos... oscuros y con una mirada un poco fatigada... ¿Es trasnochador?

—Vamos... no es usted de las que se chupan el dedo.

—¿Qué quiere decir?

—Que es más lista de lo que parece. Pero cuando mi amigo Monty

emplea esta frase quiere decir que es... algo estupendo.

—¡Oh, no entremos en el terreno de las galanterías!

—No es galantería. Digo que es usted estupenda y creo que es una frase decente y respetable... Pero me parece que todavía tiene frío... Beba un poco más—ofreció Clive, presentando la botella.

Prudencia bebió otro sorbo y se sintió reconfortada. Verdaderamente la lluvia la había calado y sentía ligeros escalofríos; pero no era nada: con el calorcito interior se iría reponiendo. Miró de soslayo a su nuevo amigo, le examinó brevemente y luego le preguntó:

—¿Por qué no lleva usted uniforme?

Desde el primer momento le había llamado la atención aquel detalle. No se veía en parte alguna un hombre vestido de paisano. Por eso saltaba más a la vista cuando alguien, como él, no vestía uniforme.

Clive no respondió y ofreció de nuevo la botella de whisky a Prudencia.

—Vamos, un sorbito más... ¡Si apenas lo ha probado!

—¿Y qué hará cuando me vea usted caminar dando tumbos?

—Me divertiré como un loco.

—No tenga miedo de que le dé semejante espectáculo. Aunque no lo parezca estoy acostumbrada a resistir bastante. El licor no me hace daño. Unicamente me proporciona mayor claridad de inteligencia y unas enormes ganas de charlar. La última Navidad tomé parte en un campeonato de ping-pong después de haberme bebido tres vasos de Oporto y lo gané... ¿Qué le parece? Pero... no me haga caso... no le he dicho toda la verdad... Realmente ahora... ahora me siento un poco mareada... Déjeme apoyar en usted.

Clive le rodeó con su brazo la cintura y la atrajo a sí dulcemente, contemplándola en silencio con una extraña emoción.

* * *

Unas semanas después las reclutas estaban formadas en el patio central del cuartel. Se les había concedido un permiso especial, después del curso de entrenamiento, para tener unas vacaciones antes de ingresar definitivamente en filas e ir a tomar posesión del puesto que a cada una de ellas se les señalara en los distintos frentes. La sargento daba instrucciones mientras aguardaban el autobús que debía conducirlas a la estación, y las muchachas uniformadas escuchaban respetuosas, en actitud de firmes, con un gesto serio que llevaba en su raíz toda la responsabilidad que habían adquirido al ingresar voluntariamente en aquel cuerpo del Ejército.

Cuando se dió la voz de: "¡Libres!" cada una de ellas se dispersó en dirección distinta, esperando

el momento de la partida con esa impaciencia natural que precede siempre a toda ausencia.

Fué Violeta la que llamó a Prudencia que se encontraba apartada de todas, sumida en una larga meditación:

—¡Prud!... Alguien te está buscando desde la barrera.

—¿A mí? — inquirió Prudencia, iluminándose su mirada con una luz de esperanza y de ilusión.

—Sí... Corre, date prisa si quieres hablar con él. Te está esperando. Yo te guardaré el saco hasta que vuelvas.

—Gracias...

Prudencia salió corriendo. Hacía muchos días que no veía a Clive y, acaso por esto, lo llevaba más clavado en su corazón. Aquel hombre le interesaba. Le gustaba su especial modo de ser, de hablar, de comportarse. No tenía nada de común con todos los muchachos a los que ella había tratado hasta entonces. Llegó casi sin aliento hasta la barrera que rodeaba los terrenos del cuartel y tendió la mano a Clive, que la estaba esperando.

—¡Hola, Clive!

—Me han dicho que te marchabas hoy.

—Sí. Nos han dado vacaciones...

—Estás encantadora—murmuró él, reteniéndole la mano que ella le había entregado en un gesto amistoso y sencillo.

—No he cambiado en absoluto.

—No... Pero eres una muchacha tan honesta, tan natural, tan sencilla, que no te pareces a ninguna otra mujer.

—Debo marcharme... El autobús ha llegado...—replicó ella, rehuyendo entrar en un terreno de intimidad que la asustaba un poco.

—¿Cuánto tiempo estarás ausente?

—Tres semanas.

—¿Tres semanas? — preguntó Clive, con asombro, como si aquel tiempo fuera igual a una eternidad.

—¿Tan largo te parece este tiempo?—sonrió ella.

—No.. Solamente que...

—¿Te habrás marchado ya cuando yo vuelva? — inquirió Prud; y ahora había en su voz una inquietud que halagó a Clive.

—No, Prud, estaré aquí... Te lo prometo.

—Cuando regrese será para marcharme de nuevo... y entonces será por tiempo indefinido... porque me marcharé ya a donde me destinen.

—¡Oh! Si es así, vamos a pasar juntos tus vacaciones—suplicó Clive—. Conozco un hotel en Leaford, cerca del mar, en donde estaremos maravillosamente bien.

—No puedo... Prometí ir a mi casa a pasar mis vacaciones. ¿Por qué no te vienes tú conmigo?

—¿Contigo? ¿A tu casa? ¿Al hogar ancestral de los Gathaway?... ¡Oh, es inverosímil! El orgullo de la familia llevando a su propio hogar al hombre desconocido, al que conoció una noche en plena oscuridad... ¡Qué ultraje para vuestro nombre!

—No bromees, Clive.

—Nunca había hablado más seriamente.

—Debo marcharme... Me llaman —dijo Prudencia, oyendo la voz de

Violeta que la llamaba sobresaltada—. Es tarde... ¡Adiós!

—¡Adiós, Prud... pero no olvides que debes venir conmigo a Leaford...!

—Debo marchar hacia Tunbridge... Te mandaré una nota con el horario de trenes para Tunbridge.

—Para Leaford, querrás decir —insistió él, cuando ya Prud se encontraba a alguna distancia.

Ella sonrió. El corazón le brincaba de un modo inusitado y sentía una deliciosa angustia subirle a la garganta. Aquella rápida entrevista le había hecho mucho bien. ¿Es que estaba enamorada? Sí, debía estar locamente, ciegamente enamorada para que el corazón le diera aquella loca carrera dentro del pecho sólo por haber podido cambiar unas breves palabras con Clive antes de partir. Nunca hubiera imaginado que el amor llegara a ella de aquel modo inusitado, solapadamente, lanzando su flecha desde una noche tenebrosa, a orillas de un mar que transmitía el eco doloroso de los bombardeos. Lo cierto era que estaba enamorada, que lo sabía y que sentía que ya nada ni nadie en el mundo podría arrancarle aquel amor que había brotado espontáneamente, como una flor maravillosa en medio de un campo desolado.

Al llegar a la estación las muchachas tomaron puesto en los compartimientos que les estaban reservados. Lo llenaban todo con su bullicio y sus voces agudas llenas de risa y de juventud. Sólo Prud no se decidía a subir al vagón. Esperaba en el andén. A ciencia cierta no sabía qué esperaba, pero quería ser la última en subir. Acaso a última hora él se decidiera. Pero la última hora iba llegando y él no había venido aún.

Clive, igual que Prudencia, estaba en el andén también, esperando ante el convoy que había de conducirle a Leaford, la posible llegada de la muchacha... Acaso a última hora se decidiera a acompañarle. ¿Por qué había de ir a pasar las vacaciones en aquella casa que a él se le antojaba había de ser el compendio de todos los aburrimientos, cuando podía pasarlas junto al mar, lejos de los bombardeos, en la tranquilidad de una playa a la que no iban nunca dirigidos los proyectiles enemigos? ¿Por qué no había de pasar con él aquellas tres semanas, con él que estaba solo en el mundo, con él que no tenía familia, ni hogar, no... eso, sí, ni casi Patria?

Pocos minutos antes de la salida de ambos trenes a los dos se les ocurrió la misma idea: Clive buscó el andén en donde estaba estacionado el tren que debía tomar Prudencia, y Prudencia buscó el tren en el que debía partir Clive. En el tumulto de la multitud en la estación enorme y concurridísima, se cruzaron sin verse y se buscaron inútilmente por un breve espacio de tiempo, y cuando ya cada uno de ellos renunciaba a encontrar al otro y volvía, desesperanzado, a su propio convoy, el azar les hizo chocar de manos a boca:

—¡Clive!

—¡Prud!

Se dieron un abrazo de camaradas.

—Te buscaba.

—Y yo a ti. Me voy a Tunbridge, Clive.

—Querrás decir a Leaford... y tendrás que darte prisa si no quieres que perdamos el tren... como acabas de perder el tuyo — sonrió Clive, mostrando a Prudencia a través del humo de la locomotora el tren en el que ella debía partir.

Corrieron alocados hasta conseguir el convoy que partía para Leaford y se instalaron, casi sin aliento, en el compartimiento en el que Clive había ya colocado su sucinto equipaje.

—Bien... creo que a esto se le llama obedecer al Destino—rió Prudencia cuando pudo recuperar el habla, después de aquella carrera que habían dado a través de los andenes y cuando ya el tren comenzaba a ponerse en movimiento—. ¿Qué dirán en mi casa? ¡Mi primer permiso desde que ingresé en filas! Ya deben estar desplegando las banderas y poniendo alfombras en las calles para recibir a la heroína, mientras la heroína viaja en dirección opuesta, junto a un extraño moreno y fornido...

—Pero con ello has hecho que este pobre extraño se sienta muy feliz y.... y muy orgulloso.

—Esto es un consuelo—dijo ella, tomando a guasa las palabras de Clive.

—No hablo en broma—aseguró él, mirándola muy serio, con una intensa mirada de agradecimiento.

—Perdóname...

—No he podido verte nunca sin gorra... ¿Quieres quitártela para que te vea tal como eres?

—Sí... ya está—replicó Prudencia, lanzando la gorra al aire y dejando que su hermoso pelo rubio se esponjara al salir de su obligado encierro.

—¡Qué suave pelo tienes! ¡Qué hermosa cabecita!—exclamó Clive, acariciando dulcemente la sedosa cabellera de Prud.

Luego, en un súbito arrebato, la estrechó contra su corazón y la besó con ternura.

La tosecilla del revisor les hizo volver en sí:

—Perdone... los billetes, por favor.

Entregaron sus respectivos billetes y, al taladrar el de Prudencia, le dijo:

—Se ha equivocado usted de tren, señorita... o se ha equivocado de billete...

—Me he equivocado de billete... —rió ella—. Pagaré la diferencia cuando lleguemos a término.

—Bien... gracias y feliz viaje—murmuró el revisor, mirando complacido a la pareja y dando un hondo suspiro que se remontó hasta su lejana juventud.

Cuando volvieron a quedar solos, Clive, que supo agradecer al revisor su simpatía hacia ellos, miró a su compañera de viaje y le preguntó:

—¿Podrías hacerme un favor?

—¿Qué tienes que pedirme?

—¿No podrías cambiar tu uniforme por algo que fuera menos... menos oficial?

—Si tú quieres, sí. ¿Pero qué tienes que decir de mi uniforme?

—Porque para unas vacaciones no sienta bien un uniforme militar... ¿Quieres que en estos días olvidemos la guerra y todo lo que a la guerra se refiere?—suplicó él con un aire de fatiga en la voz y una luz dolorosa en los ojos.

—Como tú quieras... Mira un momento por la ventana el paisaje, explícame todo lo que vayas viendo y en un abrir y cerrar de ojos me cambio de traje. Realmente estas medias de algodón y lana no favorecen mucho... Iguales las usa uno de nuestros jardineros.

—¿Uno de vuestros jardineros? ¿Pues cuántos jardineros necesitáis?

—Tenemos cinco.

—¿Pero para qué diablos necesitáis tantos jardineros?

—No somos nosotros los que los necesitamos, sino nuestro jardín—rió Prudencia.

—¡Cinco!... Bien... supongo que ese es uno de los privilegios de los ricos ociosos.

—Hablas como un ignorante... Si un hombre tiene una gran empresa de casas de té, por ejemplo, y tiene empleadas centenares de muchachas para servir las mesas, eso está bien, es una gran empresa que da de comer a mucha gente... pero si un propietario que tiene una gran finca, emplea en ella a cinco jardineros... esto es la aristocracia odiada que explota al pueblo... Constantemente leemos elogios de esta bendita tierra, de nuestra amada Inglaterra... ¿Pero tú no sabes que para que esta bendita tierra continúe siendo tan bella, tan fértil, tan cuidada, tan maravillosa, hacen falta muchos, muchísimos terratenientes que sepan amarla y cuidarla bien... aunque para ello haga falta tener, no cinco, sino centenares de jardineros?

—Vemos las cosas desde puntos de vista muy dispares... Me parece escuchar en ti la voz de esa vieja Inglaterra enamorada de sus caballos, sus vacas y sus ovejas porque no les pedían aumento de jornal...

—No digas tonterías, Clive... Estás hablando mal de los ricos y tratándoles de perezosos... Procura ser rico tú y verás el tiempo que te queda para haraganear, cuando tengas que pagar todos los impuestos y tasas de lujo... ¡Oh, no podré ponerme nada elegante para que tú me veas, porque todo lo dejé en casa! Todo lo dejé para convertirme en una mujer espartana, toda sacrificio, hasta que la guerra termine... hasta que Inglaterra esté salvada de todos los peligros que hoy la cercan... Bien, ya puedes mirar y enorgullecerte de que calzo hoy, para ti, mis últimas medias de seda. Ya puedes dejar de admirar el paisaje y de recrear tu vista con todas esas vacas y ovejas... que nunca piden aumento de sueldo...

La voz de Prudencia era burlona y llena de ironía. Clive se volvió, con una réplica cruel a flor de labio, pero salió de ellos nada más que una exclamación de asombro:

—¡Oh... estás encantadora!... Más alta... más delgada... más irreal... y más extraña para mí que nunca... Te encontré una noche, como una

simple muchacha, soldado raso en las filas de las Fuerzas Auxiliares Femeninas de Aviación... y ahora tengo ante mí a una dama aristocrática...

—Vamos, Clive, no te atormentes inútilmente. Has querido saber cómo era mi casa, cuánta gente teníamos a nuestro servicio, cómo soy yo, vestida con mi ropa propia, sin uniforme... y cuando has logrado todo esto te pones de mal humor y parece como si una pared de fuego se interpusiera entre los dos. ¿Qué importa todo esto?

—Nada... tienes razón... no importa nada... Lo único que importa es que tenemos ante nosotros unos maravillosos días de vacaciones—replicó Clive, sonriendo a la muchacha con una sonrisa ilusionada y dichosa.

—Así me gusta verte... Seamos felices sin atormentarnos por diferencias que no tienen importancia.

* * *

Al llegar a Leaford fueron directamente al hotel de que le había hablado Clive. Era un hotel de primera categoría, frente al mar, con amplios ventanales desde los que podía contemplarse hasta lo infinito la inmensidad del océano.

Clive se acercó al mostrador para pedir dos habitaciones, las mejores que tuvieran, porque todo le parecía poco para ofrecer a aquella criatura incomparable a la que se sentía unido irresistiblemente, como si un lazo muy fuerte y muy sólido hubiera ligado sus almas.

Mientras firmaba en el libro registro y discutía con el conserje la situación de las habitaciones, Prudencia miraba en torno suyo, contenta de hallarse en aquel lugar apacible y cuidado que la devolvía, aunque sólo fuera ilusoriamente, al confort de su casa y la hacía olvidarse de la rígida disciplina del cuartel. Pero, de pronto, sintió como si el mundo se desplomara sobre su cabeza, como si una sima se abriera a sus pies, como si todo girara en torno a ella en una alocada zarabanda: sus ojos se habían cruzado con la mirada acerada, glacial, desdeñosa, altiva, de su tía Iris que cruzaba el *hall* en dirección a la calle y que despreciaba, desde la altura de su orgullo de raza, a la muchacha que había dejado el hogar para servir en el ejército y que ahora encontraba, con un desconocido, en un apartado pueblecillo de la costa.

Prud bajó la cabeza y se mordió los labios para no dejar escapar ninguna exclamación que pusiera a Clive en sospecha.

Subieron, acompañados de un botones, a las habitaciones que les habían destinado y Clive, que sentía un optimismo como no había sentido desde hacía muchísimo tiempo, se acercó a la ventana que abrió de par en par y dijo, dando un hondo suspiro de dicha:

—Mar, aire, cielo, sol... (si tenemos un poquito de suerte con el tiempo), y una vista inacabable... tanto que en los días muy serenos podremos ver a los alemanes al otro lado del canal... ¿Qué más puede desear un hombre para ser feliz?

Prudencia no contestó y volvió el rostro con un gesto amargo.

—¿Estás cansada?—le preguntó él, alarmado ante el súbito cambio.

—No, estoy muy bien—contestó ella, bruscamente.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué estás así?

—No me pasa nada—añadió Prudencia, con mayor brusquedad aún.

—Oye, Prud—dijo él, acercándose a la joven y tomándole una mano—. Si has cambiado de modo de pensar, dilo francamente... Tienes libertad absoluta para hacer lo que te plazca... No debes sentirte en absoluto molesta ni ligada por haber venido conmigo...

—Has sido tú quien ha querido que yo viniera aquí... y aquí estoy. Te ruego que no vuelvas a preguntarme qué es lo que me pasa ni qué es lo que quiero hacer.

La voz de Prudencia era dura y sonaba a cruel. Clive no se explicaba aquel extraño cambio. Insistió:

—¿Qué te ha pasado? Hace pocos momentos estabas contenta y parecías feliz...

—Es verdad... Perdóname... No me había dado cuenta de ello... Perdóname... no ha sido nada... Vamos a comer, ¿quieres?

Clive no había podido, a su vez, dominar sus nervios pero, finalmente bajaron al comedor y se sentaron a la mesa. El camarero acudió a atenderles.

—¿Han tenido mucha gente este verano?—preguntó Clive, mientras el camarero tomaba nota de lo que habían encargado.

—Tuvimos mucha hasta que los alemanes tomaron Calais... La gente cogió miedo entonces y huyeron de la playa... Si el señor me lo permite voy a conectar la radio porque es la hora en que transmiten las noticias de guerra.

El rostro de Clive se ensombreció y permaneció callado hasta que la radio comenzó a dejar oír las últimas noticias recibidas del frente. Entonces se puso en pie bruscamente y dijo a Prudencia, sin pedirle su opinión:

—Vamos a dar un paseo...

—¿Pero no quieres escuchar el parte de guerra? — inquirió ella, que esperaba con ansia conocer los últimos detalles de las operaciones.

—¿No dijimos que olvidaríamos la guerra mientras estuviéramos aquí?...

Prud se levantó contra su voluntad. Hubiera querido quedarse para escuchar el parte, pero puesto que él prefería ir a pasear y olvidar la guerra, había que complacerle.

Salieron y pasearon un rato por la playa, apacible y tranquila en aquella hora crepuscular.

Luego volvieron al hotel y subieron a sus habitaciones. Antes de darse las buenas noches, Clive, mirando a Prud, le dijo dulcemente:

—Conozco un pequeño hotel, en las afueras del pueblo, que es más acogedor, más íntimo, más familiar

que un gran hotel... Si no te importara, mañana podríamos trasladarnos allí... Creo que estaríamos mejor.

—No, Clive...—contestó Prud que no podía olvidar el frío glacial con que la habían mirado los ojos de su tía—. Me siento muy fatigada y creo que será mejor que vuelva a casa mañana.

—¿Así... es cierto que has cambiado de modo de pensar?

—Sí... Lo siento... déjame... Hasta mañana.

Clive se retiró a su habitación. La noche era silenciosa y obscura. A Prud le fué muy difícil conciliar el sueño. Tenía siempre fijos ante ella los ojos de tía Iris reprochándola, hiriéndola, infamándola, como si hubiera cometido una mala acción, como si fuera una mujerzuela, como si ya, para siempre, hubiera perdido su propia estimación, su reputación y su honor... Aquellos ojos la habían hecho despertar de un sueño acaso equivocado. ¿De veras estaba tan mal aprovechar unas vacaciones para ir a descansar junto con un amigo respetuoso, digno y correcto? Tía Iris era de otro siglo... y sin embargo, Prud, la muchacha de 1944, sentía pesar sobre su conciencia la mirada de aquellos ojos que parecían llamarla desde la inconmensurable medida del tiempo.

Hacia la madrugada, cuando había conseguido conciliar el sueño, la despertó sobresaltada una voz que venía de la habitación contigua, de la habitación que ocupaba Clive... Escuchó, incorporándose en el lecho. Era la voz de Clive que gritaba frases incoherentes:

—Vamos, adelante, adelante... no puede quedarse aquí... Sí, tengo razón... le digo que tengo razón... Vamos, ¿no lo ve? ¡Ya no queda ninguno! ¡Salga de ahí! ¡Salga de ahí, he dicho! ¿Qué está esperando? ¡Salga de ahí!...

Prud iba a saltar de la cama para correr a la habitación de su amigo y ver qué era lo que pasaba. Pero la voz cesó de hablar y todo volvió a un profundo silencio. Se acostó de nuevo y se durmió reposadamente después de preguntarse una y otra vez qué era lo que podía haberle ocurrido a Clive y que en realidad Clive era un hombre extraño y desconcertante al que no acababa de comprender bien.

A la mañana siguiente, cuando Prud volvía del baño, vió como la camarera llamaba a la puerta de Clive para anunciarle que tenía el suyo dispuesto. Entornó la puerta y se quedó mirando por una rendija para ver a Clive sin ser vista por él.

Le vió cruzar el pasillo envuelto en su gabardina, asomando bajo ella sus piernas delgadas y sus pies descalzos. Sonrió con pena. Ya se había dado cuenta de que Clive viajaba con escaso equipaje y aquella gabardina que lo mismo le servía para guarecerse de la lluvia, que para vencer el frío, que para saltar de la cama e ir al baño. ¡Extraño hombre, en verdad! ¿De dónde venía? ¿Quién era? ¿Qué hacía? ¿De qué vivía? ¡Quién podía saberlo! Pero a Prud el corazón se le encendía en un calor de ternura ha-

cia aquel de quien no sabía nada; nada más que le amaba locamente, ciegamente, hasta lo infinito, y que por él sería capaz de cualquier sacrificio. Se vistió precipitadamente y salió a la calle.

Cuando volvió, Clive la esperaba en el comedor para el desayuno.

—Buenos días, Clive — le dijo, acercándose a él con aquella sonrisa suya tan dulce, tan buena, tan tierna, tan cariñosa—. He llegado un poco tarde, pero es que he tenido que salir a hacer alguna compra... Toma, esto es para ti—añadió, entregándole una caja bastante voluminosa—. ¡Hace una mañana espléndida!

—¿Es para mí?—preguntó Clive, extrañado, mientras desenvolvía el paquete, contemplado por los camareros.

—Sí... Te lo he comprado creyendo que... que te gustaría... A mí me ha parecido muy bonita...

De la caja salió una bata magnífica. Clive miró a Prud emocionado y sonrió con un poco de amargura. Ella se apresuró a reír, echando a broma el regalo:

—¡Estabas tan ridículo esta mañana con tu gabardina, cruzando el pasillo como si fueras bajo un fuerte aguacero!...

—¡Oh... Prud, gracias!... Tenía una bata parecida a esta, ¿sabes? Pero no sé dónde la dejé... En alguna parte debe estar... Siento mucho que te hayas molestado por mí.

—No me ha causado ninguna molestia. Lo he hecho con verdadera ilusión. ¿Quieres mucha leche?—preguntó, sirviendo su taza.

—No, gracias: sólo quiero café.

Comenzaron a comer en silencio. Prud miraba a su compañero con ansias de interrogarle, pero le sentía tan ausente, tan distraído que casi no se atrevía. Al fin se decidió:

—¿Has dormido bien esta noche pasada?

—Perfectamente... ¿Y tú?

—Yo también...

El portero del hotel se acercó a ellos interrumpiéndoles para entregar a Clive un telegrama que acababa de llegar a su nombre.

Prud sintió como si algo muy angustioso se apoderase de ella mientras Clive leía el telegrama. El rostro del muchacho era impenetrable, impenetrable como siempre. Algún misterio rodeaba la vida de aquel hombre. Prud ansiaba conocerlo, pero no por mera y vana curiosidad, sino para poder ayudarle, para poder guiarle, para poder servirle de consuelo, si es que esto era posible. Y lo haría a fuerza de amor, aunque él se opusiera.

—¿Quieres más café? — le preguntó, para obligarle a salir del mutismo en que se había encerrado.

—Sí, gracias.

—Clive — continuó ella tras un breve silencio—. Siento mucho lo que pasó anoche.

—Lo comprendo...

—No, no comprendes nada... Lo que sucedió fué que, al entrar aquí, me encontré con mi tía Iris... Y, no sé cómo explicarte lo que me sucedió... Nuestra aventura es bella y romántica para nosotros dos solos... pero cuando alguien se entera de ella, sobre todo cuando ese al-

guien es mi tía Iris... todo se tergiversa y toma un tinte sombrío...

—Así... ¿es a causa de tu tía por lo que quieres marcharte? — inquirió Clive.

—Sí, Clive... Su mirada fué tan elocuente que me convenció sin decirme nada. Pero tenemos todavía mucho tiempo antes de la salida del tren. ¿Por qué no vamos a dar un paseo ya que hace una mañana tan bonita? ¿Por qué no me llevas hasta ese pequeño hotel de las afueras del que me hablaste anoche?

—Bien... sí... con mucho gusto si esto te complace...

El hotelito era una típica hosgedería inglesa de pasados siglos. Se titulaba "Al Coche de Caballos" y tenía todo el encanto de lo antiguo ya que nada había sido transformado por su actual propietario, el señor Ramsbottom, que se sentía orgulloso de ser el heredero de una tradición hostelera que se perdía en la sombra del tiempo.

Clive había pasado en él muchas temporadas de verano, porque le placía el lugar acogedor y simpático, quieto y agradable, sin la ceremonia de un gran hotel y con todo el encanto de un hogar propio. Fué acogido cordialmente por Ramsbotton que estrechó con fuerza la mano de Prudencia cuando Clive se la presentó.

—Su casa es encantadora — dijo Prud, entusiasmada por el ambiente que la rodeaba—. ¡Todo es tan antiguo!

—¿Antiguo? ¡Ya lo creo! Mi bisabuelo era mozo de cuadra cuando Lord Nelson pernoctó aquí una noche de paso para Portsmouth... Les voy a dar la habitación más bonita que tengo. Vengan conmigo. Y remojaremos con buena cerveza su visita a esta casa que pueden considerar como suya.

—Pero... es que es muy tarde y debemos regresar... No se me vaya a escapar el tren — murmuró Prud.

—Sólo hay cinco minutos de aquí a la estación — explicó Clive, que volvía a sentirse optimista, sin acertar él mismo a explicarse el por qué.

—Apenas le hubiera conocido, Mr. Briggs — decía entretanto Ramsbottom, mientras servía la cerveza—. Está usted muy cambiado desde la última vez que estuvo aquí cuando marchaba para el...

—¿Por favor, Ramsbottom, quiere llamar al Gran Hotel y decir que traigan aquí las maletas de la señorita? — interrumpió Clive vivamente, sin dejarle terminar la frase.

—Con mucho gusto. Y ustedes vengan conmigo. Estarán mejor en la habitación de arriba, desde donde se descubre una vista incomparable.

—Pero... es que tenemos que marcharnos — insistió Prud.

—No se preocupe, señorita, tienen tiempo sobrado de almorzar. Precisamente llegan hoy en un día estupendo, pues tenemos ganso con salsa de manzanas, coliflor al estilo del "Coche de Caballos", queso de Cheshire y tarta de ciruelas con dulce de leche.

—¡Formidable! — exclamó Clive, riendo complacido ante el menú.

—Además, habrá en honor a us-

cedes un poco de crema — añadió Ramsbottom, asomándose al propio tiempo a una especie de ventana interior y dando órdenes con grandes voces.

—¿Crema en tiempo de guerra? ¡Pero Ramsbottom, a esto se le llama sibaritismo! ¿Y eso... qué es? — preguntó Clive, acercándose a la ventana.

—Simplemente un ascensor para subir los platos. Todo para la mayor comodidad del cliente. Así el cliente no tiene más que asomarse aquí, dar una orden y la comida sube por sí sola, sin necesidad de que el camarero esté entrando y saliendo constantemente. ¿Qué tal la bebida, señorita? — preguntó a Prud que saboreaba a placer la cerveza.

—¡Estupenda! ¡Deliciosa!

—Una especialidad de la casa, una fórmula secreta heredada de nuestros antepasados... ¡Ya verá cómo le despierta el apetito! Inmediatamente les sirvo el almuerzo.

Colocó sobre la mesa el mantel y los platos que habían subido en el rudimentario ascensor y les dejó solos.

—¡Es una maravilla ese hombre! —rió Prud—. Parece arrancado de una de las novelas de Dickens.

—Sí, y probablemente él piensa lo mismo. Creo que procura ajustar su tipo a la opinión popular que se tiene de él y a lo que él mismo quiere ser. Creo que todos deberíamos hacer lo mismo: trazarnos un patrón de vida perfecto y no movernos de él.

Se quedó pensativo después de haber pronunciado estas palabras; se quedó con aquel gesto fatigado y ausente, que tanto preocupaba a Prudencia, porque no sabía leer en el fondo de un pensamiento que se empeñaba en agazaparse en lo más íntimo de la conciencia del hombre. Se acercó a él, le puso una mano sobre el hombro y le interrogó en voz baja, llena de ternura:

—¿Qué es lo que te tortura, Clive?

—¿A mí?... Nada... nada, de veras.

—Me has asegurado que la pasada noche has dormido perfectamente... y eso no es cierto.

—He dormido bien, te lo prometo.

—No... no... yo misma he oído que estabas hablando en tu habitación, y hablabas con vehemencia.

—Debía ser en alguna otra habitación, no en la mía.

—No... Era tu voz y venía de tu habitación... No me cabe la menor duda de que eras tú. Pero no te preocupes... si no quieres decírmelo, no me lo digas... Pero yo sé que algo malo te ocurre, que algo muy serio te preocupa... Sólo quisiera ayudarte a llevar tu pena, o, si esto fuera posible, a desvanecer tus inquietudes...

—¿Quieres un cigarrillo? — preguntó él, sacando del bolsillo la pitillera, a tiempo que caía al suelo el telegrama recibido aquella mañana.

Se agachó a cogerlo rápidamente.

—¿Es algún secreto? — preguntó ella, sonriendo, alentándole a la confidencia, suplicándole con los ojos que tuviera confianza en ella, porque le amaba y, fuera lo que

fuese lo que pesara sobre su corazón, ella, con su amor, con su amor infinito y hondo se lo podría aliviar.

—No. Toma, puedes leerlo.

Prudencia leyó. "Conseguido permiso veinticuatro horas iré a verte. Monty".

—¿Quién es Monty?

—Un... un amigo mío. Te gustará. Es muy campechano.

—¿No es aquel que dice, cuando alguna muchacha le gusta mucho, que "no es de las que se chupan el dedo?

—El mismo — rió Clive —. Le voy a telegrafiar que nos encontraremos en cualquier otro sitio...

—¿Regresarás a Gosley desde aquí?

—No sé. Quizás sí. Todavía no sé qué es lo que haré...—murmuró Clive, mirando a lo lejos a través de la ventana.

Entró la criada a decirles que las maletas acababan de llegar y que si necesitaban alguna cosa no tenían más que tocar la campana:

—Un toque quiere decir que necesitan algo: dos toques quieren decir que ya han terminado y que se puede subir la nota — explicó la doncella, con un deje gracioso de muchacha de pueblo, sin ningún barniz.

—Bien, gracias.

Prudencia contempló la habitación lentamente, luego miró a través de la ventana la inmensidad del mar, respiró hondamente aquel aire salobre que le hacía mucho bien y, apoyándose en el brazo de Clive, le dijo, mimosa:

—¿Por qué no nos quedamos aquí?

—Porque... porque no me parece un lugar muy adecuado para gentes que tienen en su casa cinco jardineros — replicó él con aquella ironía que empleaba siempre que se refería a la alta cuna en la que ella había nacido.

—¡Qué malo eres!... — rió Prud, que no tomaba nunca en serio aquellas bravatas de Clive.

Se sentaron ante la mesa y comieron con magnífico apetito los manjares que les habían servido.

—¿Querrá el señor tomar el café en el salón?—preguntó Prud, levantándose y llevando cerca de la ventana el servicio del café, porque le parecía más agradable saborearlo allí, frente al mar, que en el fondo de la habitación donde habían comido.

—Primero acabemos este néctar inapreciable y brindemos por el almuerzo más feliz de toda mi vida — dijo Clive, levantando su copa.

—Por el almuerzo más feliz de toda nuestra *vida* — corrigió ella, chocando su copa con la de Clive y mirándole intensamente a los ojos.

—¡Me siento tan dichoso! — susurró él.

—Y yo también — aseguró ella, dejando que Clive le besara dulcemente la mejilla.

—Me gusta este lugar... Parece que nos va a traer buena suerte... Desde que estamos aquí no hemos discutido... Prud, quisiera decirte que... que te estoy agradecidísimo por la bata que me has comprado

esta mañana — murmuró Clive, un poco avergonzado.

—Había otra con el cuello de terciopelo, pero me pareció que te iba a gustar más ésta—dijo ella, con su tono natural, quitando importancia a la cuestión, como si fuera una cosa corriente que una muchacha comprara a un hombre un batín mañanero.

—Desde que me lo has dado quería decirte cuánto te lo agradezco... pero no sabía cómo... Lo has hecho con tal delicadeza que me has emocionado.

—No tienes que agradecerme nada, Clive.

—Sí, Prud, sí.... Tengo que agradecerte mucho... Quisiera decirte todas esas bellas frases que han intentado decir los poetas al hablar del amor... Quisiera decirte que de todas las cosas hermosas con que Dios ha embellecido la vida, la más bella, la más noble, la más divinamente maravillosa que existe es el amor entre un hombre y una mujer, el amor verdadero, ese amor que les hace desear luchar por la vida hasta lograr alcanzar aquello en que tienen puesta su fe... Esto es lo que quería decir, Prudencia...

—¿Y no serán las continuas libaciones las que te han puesto tan elocuente?

—No, Prud; nunca he hablado con mayor sinceridad que en este momento.

—Pero... ¿realmente crees en la poesía... y en el amor? — inquirió ella, un tanto extrañada de encontrar en aquel hombre raro un fondo tan grande de romanticismo y de ideal.

—Sí; es en una de las cosas en que realmente creo: en el amor. El amor es el único móvil noble de la humanidad. Cuando dos personas tienen la suerte infinita de encontrarse y fundir sus corazones en uno solo, son capaces de todo, pueden conseguirlo todo, empujados por su amor.

—¿Tendremos nosotros esta suerte infinita? — preguntó Prud muy dulcemente.

—Creo que sí.

—El tiempo lo dirá, Clive... Ahora debemos marcharnos, va a ser la una y el tren sale a la una veinte... Deberíamos pedir la nota.

—Bien, como tú quieras... ¿Qué nos ha dicho la criada?

—Un toque si necesitábamos alguna cosa más... Dos toques cuando hubiéramos terminado y quisiéramos la cuenta...

Clive tiró del cordón de la campana y se quedó con él en la mano.

—Bien... no puedo dar los dos toques... ¿Crees en presagios?

—No; no había creído nunca en ellos... hasta este momento... —afirmó Prud.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Ha llamado, míster Briggs?—preguntó Ramsbottom, entrando en la habitación.

—Sí... ¿Esta habitación está libre?

—Sí, señor, casualmente el caballero que la tenía alquilada se ha marchado esta mañana.

—¿Tiene otra habitación por alquilar?

—No, ésta es la única... Lo siento mucho... ¡Ah, no, espere, sí que

queda una y muy interesante por cierto!... Ya verán...

Se acercó a la pared, tocó un resorte y se abrió una como puerta secreta de la que arrancaba una escalerilla estrecha y empinada.

—¿Qué les parece? Se dice que esta habitación servía para refugio de contrabandistas, allá por los tiempos de mi tatarabuelo... Vengan conmigo... Cuidado con los peldaños, que son muy altos... y cuidado con la cabeza, señor Briggs, que el techo es bajo... ¿Qué tal? ¿La encuentra bonita? La tendremos limpia en un abrir y cerrar de ojos.

Era una habitación pequeña, en forma de bohardilla, pero lo bastante capaz para pasar en ella la noche.

—¡Espléndida! — afirmó Clive que estaba en una disposición de ánimo asombrosa, pues todo le parecía encantador.

—Muy bien... Ahora mismo subirá la chica a limpiarla. Voy a avisarla.

Salió Ramsbottom y Clive y Prud bajaron de nuevo a la habitación de ésta.

—¡Me gustaría quedarme a vivir aquí toda la vida! — suspiró Clive—. Se siente uno como en su propia casa en este hotelito insignificante.

—Me alegro de haber empezado mal nuestras vacaciones... porque ahora las comenzamos de nuevo... y es como si hubiéramos tenido doble vacación... Creo que aquí vamos a ser muy dichosos—dijo Prud, abrazando a Clive que la estrechó por un momento muy fuerte sobre su corazón, como si quisiera dejarla en él clavada para siempre.

* * *

A media noche Prud se despertó llena de sobresalto. Una voz temblorosa, acongojada, angustiosa, venía de la habitación de Clive y llegaba a ella confusamente a través de la escalerilla que separaba las dos habitaciones.

—¡Vamos... pronto... salga de ahí!—gritaba Clive—. Salga... no querrá morir así... ¡No! ¡No puede hacer eso! ¡No debe hacerlo!... Tengo razón... Bien sabe que tengo razón... ¡Salga de ahí... pronto!

Prudencia saltó de la cama, se vistió la bata y corrió a la puerta que conducía a la habitación superior. Escuchó un momento y, tras un leve titubeo, se decidió a subir. La habitación estaba en completa obscuridad y la voz de Clive se oía ahora distintamente, angustiada, ahogada:

—No... no puede hacer esto... salga de ahí... salga de ahí...

No cabía duda que era víctima de una terrible pesadilla. Prud se acercó a la cama y le puso la mano en la frente, con toda suavidad, para ahuyentar aquella visión que le estaba atormentando.

—No haga esto... no haga esto... ¿Quién es? — preguntó Clive, al sentir la suavidad de la mano de Prudencia sobre su frente—. ¿Qué pasa? — preguntó de nuevo, incorporándose.

—Soy yo: Prud... Cálmate...

—¿Qué pasa? — insistió Clive, medio adormilado aún.

—Dabas voces y he venido a ver qué te pasaba.

—¿Yo?...

—Sí, Clive... ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me cuentas qué es lo que te atormenta?

—Pero... ¿pero qué es lo que decía?—preguntó Clive con indecible angustia.

—Dabas órdenes a alguien... a alguien que parecía resistirse a lo que tú mandabas.

—No te preocupes, Prud... Ha sido una pesadilla... No me acuerdo en qué soñaba... Me pasa esto algunas veces... pero no es nada...

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No, no, no, no... Algunas veces, cuando estoy muy fatigado, suelo tener pesadillas, pero no me hagas caso... Siento haberte despertado.

—¿Quieres que me quede contigo hasta que te duermas de nuevo?

—No, no, no, no... vete a dormir... Estoy bien... No ha sido nada... te lo aseguro, no ha sido nada.

Había en la voz de Clive angustia y temor, como si le asustara la idea de que ella hubiera podido sorprender su secreto, aquel secreto que tan avaramente guardaba para él solo.

—Buenas noches, Clive — dijo Prud, besándole la frente.

—Buenas noches...

Cuando oyó la puerta que volvía a cerrarse y el cuadro de luz que entraba por ella se confundía con la oscuridad que reinaba en torno suyo, Clive saltó de la cama, se cubrió con la bata y se paseó por la habitación. No quería dormirse de nuevo y exponerse a una nueva pesadilla.

A la mañana siguiente se reunieron para desayunar juntos en la habitación de Prud. Habían pedido, a través de la ventana interior, el desayuno y el ascensor les había subido, a los pocos minutos, todo cuanto deseaban. Aquello era como un cuento de hadas. Estaban solos, sin que nadie les molestara, y en un instante tenían a su alcance lo que pudieran apetecer.

La mañana era clara y serena y el horizonte se confundía allá, a lo lejos, fundiendo en un gris azulado el azul del cielo y el azul del mar.

Prud dispuso el desayuno en la mesita colocada junto a la ventana, abrió de par en par los cristales y dejó que el aire marino entrara a saturarles. Luego se sentó frente a Clive, le miró largamente y al fin le dijo, decidida a conocer la verdad:

—Clive... tú has estado en la guerra, ¿verdad?

—Sí—contestó él en tono sombrío.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Para qué te lo iba a decir?

Estamos de vacaciones y dijimos que íbamos a olvidar la guerra y todo cuanto a ella se refiriese... Además, ahora ya no estoy en el Ejército.

—¿Te hirieron?

—No... me... me puse enfermo.

Sonó la sirena de alarma y los dos se pusieron en pie, acercándose a la ventana.

—Escucha... Aviones... — murmuró ella, miedosa.

—No te preocupes... son nuestros.

—¿Cómo lo sabes?

—Los conozco por el sonido del motor... Deben ser unos seis aviones, volando muy bajito...

—¿Aprendiste a conocer todo esto en Francia?—inquirió ella.

—Por favor, Prud, no insistas en hablarme de eso...

—¿Cómo es la guerra, Clive...? ¿Cómo se ve la guerra de cerca? —preguntó Prud, que quería hacerle hablar.

—No estarás satisfecha hasta que te lo diga, ¿verdad? Pues bien, la guerra, de cerca, es el infierno, la locura, el horror, la desesperación... ¿Qué quieres más? — dijo Clive en un tono duro, violento, disgustado.

—No... nada más... si te has de poner de ese modo.

—¿De qué modo quieres que me ponga?—preguntó Clive, mirándola con una mirada acerada y fría.

—Deberías sentirte orgulloso.

—¿Orgulloso?

—Sí; yo me siento orgullosa de que tú hayas estado en la guerra, de que hayas servido a tu Patria, de que hayas formado en las filas de nuestro glorioso Ejército. Pero dices que... que ahora lo has abandonado... ¡Oh!... ¿Qué ha sido esto? — preguntó, abrazándose a él miedosa al escuchar una terrible detonación.

—Son Shrapnel... Cada granada explota en miles de cascos que vuelven al suelo siguiendo la ley de gravitación, y todo lo destruyen.

—Tengo miedo... No soy muy valiente, ¿verdad? — musitó Prud, estrechándose más en los brazos de Clive.

—Eres valiente... y sobre todo eres maravillosamente bonita...

—¡Oh, qué situación extraña la nuestra, Clive! Supón que una bomba cae sobre nosotros... Supón que me mata y que me encuentran aquí... en esta habitación... sola con un desconocido... Imagina por un momento que nos coge la muerte así, tal como estamos ahora...

—Una vez muertos los dos... ¿qué puede importarnos nada de lo que suceda? Esto ha sido una bomba de grueso calibre... y ha explotado muy cerca de aquí... Cuanto más cerca haya explotado tanto mejor... más seguros estamos de que el peligro se aleja de nuestras cabezas... Hay una probabilidad contra mil de que exploten dos bombas sobre un mismo objetivo...

—¡Oh, Clive!... Fué mucho peor que esto en Dunkerque, ¿verdad? —inquirió ella, cuando se sintió más segura, cuando creyó que el peligro, realmente, se había alejado ya de ellos.

Prud estaba entre las nuevas reclutas...

...pasando seguidamente al departamento de uniformes...

...le ofreció fuego y contempló el rostro de la muchacha...

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Y qué tal el compañero de Joe?

—¡Tarta de mermelada!—repetía sin reposo una de las ocupantes de la mesa de Prud y Clive.

—No tenemos habitación... Se han equivocado...

Tomaron un autobús con intención de volver al cuartel, pero equivocaron el número...

—No tenemos habitación... Se han equivocado...

tal, pero equivocaron el número...

—...podremos esperar tranquilamente el 17, sin mojarnos...

—Me han dicho que te marchabas hoy.
—Sí, nos han dado vacaciones.

—¡Oh... estás encantadora! Más alta... más delgada...

—Mi bisabuelo era mozo de cuadra cuando Lord Nelson pernoctó aquí...

...yo misma he oído que estabas hablando en tu habitación...

—Dabas voces y he venido a ver qué te pasaba.

—Me ha dicho que al estallar la bomba cada gallina ha puesto un huevo.

—¡Oh... perdone, señorita, mi equivocación!...

—Me ha dicho que al estallar la bomba cada gallina ha puesto un huevo.

—¡Oh... perdone, señorita, mi equivoco...

—¿Han estado ustedes juntos en Francia?

"Los soldados nunca mueren, nunca mueren, nunca mueren..."

Clive la miró con dulzura y, sin añadir más, coreó la canción...

—Tú sabes bien en cuanta estima te tiene nuestro capitán...

...pero Clive era más joven, más fuerte y estaba desesperado...

En todas partes le pedían el carnet...

Cuando se volvió para salir a la calle, después de abonar su consumición...

...se encontró con dos policías del Ejército...

Cuando se volvió para salir a la calle, después de abrazar su conferencia...

...se encontró con dos policías del ejército...

—Quisiera hablar con el oficial o el capitán... Es algo de suma importancia para mí...

Temblaba la tierra con el estampido de las bombas...

Y él quedó sepultado...

—Vamos, pequeña, cálmate...

—Sufrió mucho en el frente, papá...

—Haremos cuanto podamos por salvarle...

—¡Prud!...

—...y tomo a Clive Briggs por esposo, desde este momento hasta el fin de mis días...

—No—contestó Clive con acritud, porque detestaba recordar el espantoso desastre.

—Sí... fué mil veces peor... lo sé... y me siento muy orgullosa de que tú estuvieses allí.

—¿Orgullosa?...

—Sí, Clive... Sólo que yo no entiendo por qué... por qué...

Clive no la dejó terminar; la apretó aún más fuerte sobre su pecho y la besó con dulzura, como si fuese una niña confiada a sus cuidados.

Luego se acercó a la ventana interior y pidió a voces el desayuno. Ramsbottom le contestó desde las profundidades de la cocina y le contó que los aviones enemigos habían destruído, entre otras cosas, claro, unos edificios destinados a ser derribados, tomando la cosa por el lado jocoso...

Cuando Clive dejó sobre la mesa la bandeja con el desayuno, dijo, riendo:

—Siéntete orgullosa de comerte estos huevos... Son huevos muy especiales.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te ha contado el señor Ramsbottom con tanta vehemencia? ¿Se trataba de los huevos?

—De los huevos... y del raid aéreo... Me ha dicho que tiene once gallinas en el gallinero y que al estallar la bomba cada una de ellas ha puesto un huevo. ¿No lo encuentras gracioso?

Rieron los dos con una gran carcajada aquella coincidencia y con aquella risa acogieron a la criadita que entró a anunciar que un caballero deseaba ver a Clive.

Detrás de la criada venía Monty, el gran Monty, con su uniforme que siempre le quedaba un poco estrecho para su corpulencia y que se adelantó a Clive diciéndole con aquella su campechana franqueza:

—Es la primera vez que me llaman caballero desde que ingresé en el Ejército. ¿Qué hace mi viejo amigo?

—¡Monty!—exclamó Clive, evidenciando que no esperaba verle allí.

—Perdona, viejo... No me habían dicho que estabas acompañado...

—No importa... No te esperábamos tan pronto. Te presento a la señorita Prudencia Gathaway... mi amigo Monty.

—Encantado de conocerla, señorita—dijo Monty, cuadrándose militarmente.

—Buenos días... Siéntese, señor...

Prud se interrumpió porque no sabía cómo llamar al amigo de Clive.

—Llámeme Monty, como todo el mundo me llama... Es un rinconcito encantador este lugar. Nunca he visto cosa mejor.

—¿Quiere tomar algo?—preguntó Prud, ofreciéndole el almuerzo.

—Gracias, acabo de almorzar...

Clive se levantó. Estaba violento. Tenía miedo que Monty se lanzara a charlar de cosas que a él no le interesaban y, buscando un pretexto para alejarle de allí, dijo a Prud:

—Tendrás que vestirte para salir, ¿verdad, Prud?

—¡Oh... por mí no se preocupe, señorita!—aseguró Monty con despreocupación.

—Oye, Monty... Esta es la habitación de la señorita Gathaway... La mía está arriba... ¿entiendes? Vente conmigo a verla.

—¡Oh... perdone, señorita, mi equivocación!... Vamos, muchacho.

Se perdieron los dos por la escalerilla que conducía al desván donde dormía Clive.

—¡Chico!... ¿Aquí duermes?... ¿Y no se te aparecen fantasmas? —preguntó Monty, mirando aquel apartado rincón de la casa que parecía el escondrijo de algún malhechor.

—Dicen que antiguamente esto era el refugio de los contrabandistas. Pero nadie me ha hablado de fantasmas.

—Bien... a lo menos debes tener un buen lote de cucarachas que te hacen compañía.

—¿Cucarachas?

—Sí, no faltan nunca en estas casas tan viejas... Perdona, viejo, creo que he cometido una metedura de pata fenomenal... ¿no? ¿De dónde la has sacado, eh?—preguntó, haciendo un expresivo guiño—. ¿Te la has traído contigo o la has encontrado aquí?

—Vino conmigo.

—Claro... Ya podía imaginar que casualidades tan bonitas no ocurren porque sí... Encontrar en un sitio tan bonito como éste a una muchacha tan encantadora como ella, sería pedirle demasiado al destino.

—Te advierto que es una buena chica—afirmó Clive, al que molestaba el modo desenvuelto de hablar de su amigo.

—¡Claro que es una buena chica! ¡Magnífica! ¡Estupenda! — exclamó Monty, entusiasmado.

—Te aseguro que lo es — gritó Clive, enfadado.

—Bueno, hombre, si es lo que te estoy diciendo... Mira, viejo, ni tú ni yo acabamos de salir del nido... No tienes que excusarte...

—¿Cuánto tiempo tienes de permiso? — interrumpió Clive, para cambiar de conversación.

—Veinticuatro horas. Tomaré el primer tren de la mañana. Tenemos tiempo sobrado de charlar tranquilos... ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Oye, Monty, has dicho que venías aquí a descansar, ¿no es eso?

—Sí, claro... pero bien se tiene que hablar un poco.

—Bien... ahora charlaremos... Vamos a beber algo... Prud ya debe estar vestida.

Bajaron y llamaron a la puerta:

—¿Podemos entrar? — preguntó Clive.

—Sí, desde luego—replicó Prudencia.

—Sólo es de paso, querida... Salgo con Monty a beber cualquier cosa... Estaremos en el bar.

—¿No querrá Monty comer con nosotros, Clive? — inquirió Prudencia.

—Sí, naturalmente, comeremos juntos.

—Con una sola condición—dijo Monty—. Que sea en la taberna "Yours Truly", que tiene mucho

tipismo y podremos bailar un poco.

—¡Magnífico! Aceptado, desde luego. Iré a reunirme con ustedes en el bar a la hora de la comida.

Los dos hombres salieron. Monty se colgó del brazo de Clive y le dijo, un poco avergonzado:

—Espero que no habrá pensado mal de mí...

—Pero pensará mal... si tú sigues pensando de ella lo que piensas...

—Está bien, viejo... De ahora en adelante la trataré como si corriera sangre azul por sus venas.

—Será cuando comenzarás a tratarla como ella merece... porque es una muchacha de la alta sociedad.

Monty miró a Clive incrédulo, se encogió de hombros y no quiso insistir, pero guardaba en su cerebro sus recelos...

* * *

Como habían convenido, a la hora de la comida se reunieron los tres y se encaminaron al "Yours Truly", que estaba de bote en bote. Los soldados que estaban con permiso lo invadían todo y había en el local una atmósfera cargada y un ambiente alegre y ensordecedor.

En el tablado alzado en un rincón, una orquesta somera acompañaba el canto de una muchacha que animaba a los comensales con una canción divertida, salpicada de intención, mientras abajo, en la pista de baile, las parejas se atropellaban unas a otras porque en realidad no había lugar para bailar.

Clive dejó que Monty buscara mesa en aquella confusión de gentes, y él se fué al mostrador para encargar la consumición:

—Venga conmigo, señorita... y bailaremos mientras Clive se preocupa de nosotros — dijo Monty, cogiendo del brazo a Prud—. ¿Le gusta bailar?

—Mucho... Bailemos... — replicó Prud, aceptando la invitación.

Apenas podían bailar y casi no llegaban a distinguir el ritmo de la música. Se movían con dificultad por entre los demás parejas y se reían como dos chiquillos en vacaciones: la humanidad enorme de Monty arrollaba casi la frágil delicadeza de Prud que desaparecía en las revueltas tras aquel corpachón corpulento enfundado en un uniforme ya viejo.

La canzonetista seguía cantando, procurando dominar con su voz un poco chillona el tumulto de la multitud para que los bailarines no perdieran el ritmo; pero por muchos esfuerzos que hiciera no lograba imponerse y a ratos se perdía su canción en el barullo de la sala. Entonces la coreaban los que estaban en las mesas, y con ello el tumulto acrecía, como una oleada rugiente que lo invadiera todo con su fuerza.

En una de las muchas vueltas y

revueltas del baile. Monty pasó junto a una mesa en donde había agrupados unos cuantos soldados.

—¡Eh... mirad... mirad quién está ahí!... — exclamó uno de ellos descubriendo a Monty—. ¡Es Monty... nuestro viejo Monty!... ¡Eh... ven aquí!...

—¡Monty! ¡Monty!

—Ven y bebe un vaso de cerveza con nosotros.

—Siéntate aquí con tus viejos compañeros...

Todos le llamaban a un tiempo y Monty, cogiendo de la mano a Prud, se acercó a ellos:

—¡Hola... bandidos! ¿Qué son estos gritos? ¡Monty... Monty... Monty!... ¿No veis que viajo de incógnito?—bromeó Monty—. Esperad... dejad que os presente a la señorita... Si usted me permite, señorita, le presento a unos cuantos muchachos que figuran en el cuerpo de fusileros de Kent... Buenos muchachos todos ellos..., ¿eh?

Prud estrechó la mano de los soldados que la saludaron con grandes muestras de admiración, y luego, volviéndose a Monty, le dijo:

—¿No cree que deberíamos ir a ocupar nuestra mesa antes de que alguien no la quite?

—Tiene razón... Vamos... nos veremos luego...

—Claro que nos veremos luego... Pensamos estar aquí hasta que nos echen — replicaron los soldados, empuñando de nuevo sus vasos.

Prudencia y Monty se sentaron a la mesa que se habían reservado y esperaron a Clive. Estuvieron silenciosos un rato y luego, Monty, que no sabía estar callado, comenzó a hablar:

—Señorita... quisiera decirle que... que me perdonara por haber entrado en su habitación esta mañana sin previo aviso... Si hubiera sabido que usted estaba allí, no hubiera entrado como una tromba... Pero pensé que Clive estaba solo...

—¡Oh, no se preocupe, si ha sido muy divertido!—rió Prud con buen humor, porque en realidad la visita de Monty la divertía.

—Es muy pesado para una muchacha tener que tratar a los amigos de su amigo... Pero no le juzgue a él por mí... El es un chico educado... y de categoría... Aunque no se lo esté diciendo a todas horas es un chico realmente gentil...

—Igual piensa de usted Clive—aseguró Prud.

—Bien... no lo dudo... Nos tenemos un buen afecto, porque los dos pertenecemos al mismo regimiento... Cuando se trabaja juntos... y se come... y se duerme... y se bebe... y se sufre... durante meses y meses, siempre juntos, uno acaba o deseando matar al otro o morir por él...

—¿Han estado ustedes juntos en Francia?—preguntó Prud, que estaba ansiosa de conocer el pasado de Clive.

—¡Claro que sí!

—Y... ¿era un buen soldado? — inquirió Prud, medrosa.

—¡Que si era un buen soldado? ¡Santo Dios! Deje que le cuente... He tomado parte en dos guerras y le aseguro que he conocido a toda

clase de hombres en los momentos de peligro, de angustia y de desolacion... y nadie se ha comportado con el valor y la entereza con que lo ha hecho Clive... Si usted le hubiera visto en Arras, yendo a buscar cada dia el racionamiento, con su saco a la espalda, cruzando por entre las balas, soportando el fuego mortífero de la artillería y el frío helado de la Naturaleza... y esto una noche y otra, para que no nos faltara nunca nada a los soldados... ¡Oh, estoy seguro que no me preguntaría si había sido un buen soldado! Y aún le diré más. Le van a conceder una condecoración...

—¿De veras? — murmuró Prud, emocionada por el relato que acababa de escuchar y por aquella inesperada noticia.

—Sí; por haber llevado sobre sus hombros a un oficial herido durante dos millas, en los últimos momentos de Dunkerque... y haberle cedido su propio lugar en el bote de enlace, quedándose él en la playa hasta el próximo turno, expuesto a los proyectiles del enemigo que no cesaba de hostilizarnos... Y aún podría contarle otras cosas.

—Siga... siga... — suplicó Prud con el alma en los ojos y el corazón palpitándole precipitadamente, pendiente de las palabras que Monty iba a pronunciar.

—Fué cuando los belgas se rindieron... Estábamos esperando una contraofensiva que permitiera al grueso del ejército aliado continuar sus operaciones. Se nos había dado la orden de defender nuestra plaza hasta el último hombre. Y allí estábamos cuando el enemigo abrió el fuego y...

La voz de Clive les interrumpió. Sonó seca y despiadada:

—Cuando entre los dos hayáis ganado esa guerra... ya me avisaréis—dijo.

—¡Clive!—murmuró Prudencia, mirándole con honda y sincera emoción.

—Esperaré en el bar—añadió él, sin querer escuchar lo que Prudencia iba a decirle.

—Clive, espera... Monty me estaba hablando de la condecoración...

—¿Qué condecoración? — inquirió Clive.

—Es que él no lo sabe todavía... Oye, Clive, estás propuesto para una condecoración por tu heroico comportamiento...

—¿De qué me estás hablando?—dijo Clive, con marcado disgusto.

—Te digo la verdad. Me lo ha dicho el sargento cuando ha sabido que vendría a verte.

—¡Oh, déjame en paz!—replicó Clive, pasándose la mano por la frente como si quisiera arrancar de ella sombríos pensamientos.

Por fortuna, un soldado se adelantó hasta ellos, se cuadró y dijo, un poco tímidamente:

—Vengo delegado por el grupo de fusileros de Kent... Hemos hecho una apuesta para ver quién era el afortunado mortal que podría venir hasta aquí y rogar a Monty que nos dejara bailar con su dama. Y el afortunado mortal he sido yo...

—Bien, pero da la casualidad de que en esta mesa no soy yo el afortunado mortal — contestó Monty

riendo—. Debes pedir permiso a mi amigo...

—Y yo sé que podemos contar con él, ¿verdad, Clive?—dijo Prudencia, levantándose y cogiéndose del brazo del soldado que tenía la apariencia de un niño disfrazado.

—¡Oh, gracias! — exclamó éste emocionado. Y gritó a sus compañeros—. ¡Bebed a mi salud, muchachos!

Clive dejó que Prudencia se alejara más de ellos en las revueltas del baile, y, volviéndose entonces a Monty, le dijo con los dientes apretados de rabia:

—¿Por qué no puedes tener tu lengua quieta? ¿Por qué no sabes callar? Me habías prometido no decir nada...

—No te enfades, hombre. Ha sido ella la que ha empezado a hacerme preguntas y yo he tenido que contestarle... Está buena esta cerveza, ¿verdad? — añadió, bebiendo de un tirón su vaso.

—Sí...—musitó Clive, preocupado.

Monty se secó la boca con el dorso de la mano y luego, tras un silencio que anunciaba algo trascendental, a juzgar por la expresión del rostro del soldado, dijo a Monty:

—Escucha, viejo. Detesto tener que hablar como voy a hacerlo, pero me queda muy poco tiempo para estar contigo y quizá ésta sea la última ocasión que tenga para hablarte... Por eso no dudo en enfrentar la cuestión... aunque me duela un poco. Ausentarse por veinticuatro horas, sin licencia, es una pequeña falta muy fácil de perdonar... pero desertar es otra cosa. Te concedieron permiso por un mes, porque alegaste estar enfermo. Era el diez de julio... y hoy estamos a quince de septiembre... ¿Qué es lo que piensas hacer? Hemos sido compañeros de armas desde que salimos para el frente... me creo con derecho a saber qué es lo que piensas.

—Pienso no volver más al frente—afirmó Clive con voz grave y profunda.

—Viejo... no dudo de que esa muchacha es una muchacha decente, pero no te vas a perder por una mujer...

—Ella no tiene nada que ver con mi decisión. Resolví no volver a la guerra mucho tiempo antes de conocerla.

—Si no es por ella... no tiene sentido lo que estás diciendo. Sólo una mujer puede llevar a un hombre hasta la locura... y tú estás loco, Clive.

Clive se cubrió el rostro con las manos, como si meditara, y cuando lo descubrió de nuevo había en sus ojos un brillo extraño.

—No estoy loco, Monty, y nada ni nadie podrá hacerme volver atrás de mi decisión—dijo, haciendo un esfuerzo por aparentar una serenidad que estaba lejos de sentir.

—Escucha, viejo... Todos hemos sentido alguna vez esos mismos deseos. Todos nos hemos sentido tan fatigados, tan exhaustos, tan deprimidos, que hemos querido desertar y no volver jamás a aquel infierno, aunque nos tengan que matar por desertores. Pero luego ha venido

la reflexión... y todos hemos vuelto.

—No puedes comprenderme, Monty. Lo que me lleva a mi determinación no es una simple fatiga... es algo más grande, más hondo, más íntimo; es más fuerte que yo mismo. No tiene nada que ver el miedo, ni el frío, ni el dormir en el barro de la trincheras, ni el hacer marchas durante horas y horas sin probar bocado... No, todo esto no tiene nada que ver con mi decisión. Es... bien, sería inútil que tratara de explicártelo. Lo he decidido así y no podrás tú convencerme de que estoy equivocado.

—Pero, ¿has pensado en lo que va a ser tu vida?—insistió Monty. —Cada vez es más tenaz la vigilancia. A cada paso surge la policía, cuando menos lo piensas, y te piden la documentación. Ahora mismo, en este instante en que te estoy hablando, pueden venir y llevarte preso por no poder explicar el por qué estás aquí...

Prudencia volvía en aquel momento acompañada del soldado que había conseguido la felicidad de bailar con ella, y recogió sólo las últimas palabras de Monty.

—¿De quién está hablando, Monty? ¿Quién es el que no puede explicar el por qué está aquí?

—No... hablaba de... de un motorista que...

—¿Quieres bailar conmigo, Clive? —preguntó Prudencia, sin dar importancia a la vacilación de Monty, aunque se dió perfecta cuenta de que procuraba mentir para no explicarle la verdad.

—Con mucho gusto...

Bailaron sin cambiar entre ellos más que frases triviales y luego se acercaron al bar para calmar la sed que el calor de la sala les producía. Debía ser ya muy tarde, porque las parejas iban dejando de bailar, fatigadas, y los soldados, acompañados por las voces femeninas, cantaban con entusiasmo las canciones de guerra puestas en boga:

Los soldados nunca mueren,
nunca mueren, nunca mueren...
Simplemente se ausentan...

Clive apretó los labios dolorosamente. Le hacía daño todo lo que le recordaba su situación. Le dolía el recuerdo de su época de soldado. No creía en aquellas canciones y odiaba escucharlas. "Los soldados nunca mueren..." Era mil veces peor que la muerte todo cuanto él había visto y sufrido. Por eso no podía cantar ni podía poner entusiasmo como todos aquellos muchachos que cantaban inconscientemente, movidos por un ideal que a él se le había desplomado a los pies mostrándole que no era más que podredumbre y miseria.

Monty, que había bebido muchos vasos de cerveza y que se sentía con una euforia y un entusiasmo de niño de quince años, gritó:

—¡Eh, silencio un momento! ¡Silencio! Todo el mundo en esta ¡Sólo hay un hombre que no canta! ¡Miradle!

—Déjame en paz, Monty. Ya sabes que no puedo cantar—dijo Clive, molesto por la alusión de su amigo.

—Señoras y caballeros... ¡Dice que no puede cantar! ¡Ni que fuera una "primadonna"! He estado dos años con él en el frente y sé que puede cantar, porque cantábamos siempre juntos, formando en la primera fila del batallón... ¡Vamos, canta, Clive, canta con nosotros!

—Si no quieres cantar con ellos... ¿querrás cantar conmigo? — preguntó Prudencia en voz baja.

Clive la miró con dulzura y, sin añadir palabra, coreó la canción, que Prudencia también cantó con una voz grave y bien timbrada. Pero en el segundo estribillo Clive volvió a callarse y pidió otra copa de whisky.

—No bebas más, Clive. No bebas más esta noche — suplicó Prudencia.

—No bebas más... no bebas más... ¿Crees que soy un niño para que me mandes? Dame otra copa—ordenó Clive, apurando de un sorbo lo que acababan de servirle.

Prudencia se mordió los labios y no dijo nada. Clive bebía demasiado, eso era todo, y por esto le había contestado con aquel exabrupto. No se lo tendría en cuenta. Aunque él no quisiera reconocerlo era un niño, enteramente un niño... un niño al que habría que ir corrigiendo con mucho amor, porque no le gustaban las imposiciones violentas.

Cantaron aún otras canciones de guerra que Prudencia coreó. Sentíase arrebatada por el entusiasmo patriótico de los soldados y no quería fijarse en el desdén con que Clive escuchaba aquellas canciones, ni en el obstinado silencio en que se había sumido. Era un alma que sufría y que no quería ser curada. Tendría que ir con sumo cuidado para lograr penetrar en aquella herida, sin hacerle daño, y cerrársela lentamente, muy lentamente, a fuerza de amor.

Debía ser ya muy tarde, porque el dueño del establecimiento comenzaba a apagar las luces y a rogar a su clientela que despejara el local. Todos se resistían a marcharse. Eran aquellas unas horas de feliz olvido y nadie quería volver a la realidad de la vida, ahora que la vida se había hecho tan dura y tan cruel. Pero hubo que rendirse, al fin, y despejar, porque el buen hombre se había propuesto dejarles totalmente a oscuras si se resistían a abandonar el local.

Monty acompañó a Prudencia y a Clive hasta la puerta del hotel. Habían marchado en silencio. A los tres les pesaba el incidente ocurrido y cada uno de ellos iba sumido en sus propias meditaciones.

—Bien, buenas noches, señorita Prudencia. Gracias por el baile que me ha concedido—dijo Monty, despidiéndose de aquella muchacha encantadora de la que había rectificado por entero su primera opinión.

—Y gracias a usted por la noche encantadora que nos ha hecho pasar... Buenas noches, Monty.

—Bien... ¡adiós! — dijo Clive, disponiéndose a entrar en el hotel, junto con Prudencia.

Pero Monty le retuvo:

—Si usted me lo permite, seño-

rita, quisiera hablar unos momentos con Clive antes de marcharme.

—Desde luego... ¡Adiós, Monty!

Prudencia desapareció tras la puerta y se quedaron solos los dos hombres en la oscuridad de la calle.

—Hay una cosa que me creo en el deber de decirte, Clive. Detesto volver a insistir sobre lo mismo... Tú sabes bien en cuánta estima te tiene nuestro capitán. Cuando supo que prolongabas tu estancia en Inglaterra, pensó que estabas realmente enfermo y que no podías escribir... Y aún hace muy pocas semanas aseguraba que debía ocurrirte algo grave que te retenía aquí. Pero ni por un momento ha cruzado por su imaginación la posibilidad de que tú desertaras...

—Agradezco mucho al capitán el concepto que tiene formado de mí.

—Luego, una noche, me llamó a su despacho y me dijo: "Monty... Clive es su mejor amigo. Vaya y vea si puede encontrarle en alguna parte y traerlo aquí antes de que sea demasiado tarde. Si no ha regresado el lunes, antes de la medianoche, será considerado desertor... y entonces no podré hacer ya nada por él... Es demasiado buen soldado para que arruine así su vida..." Estas son las palabras textuales del capitán, y por eso estoy yo aquí... para hacerte volver, viejo... para que no destroces tu vida.

La voz de Monty temblaba de emoción. La de Clive fué firme y serena al contestar:

—He tratado de explicarte lo que me pasaba, pero no me has entendido. Es inútil cuanto me digas; he resuelto no volver y no volveré...

—¿Y qué es lo que piensas hacer?

—No lo sé... Buenas noches.

No se estrecharon las manos ni pudieron cruzarse sus miradas, porque la oscuridad les envolvía. Monty supo que Clive no estaba ya con él, porque vió por un instante el rayo de luz que se escapó de la puerta al ser abierta para darle paso y reinar de nuevo en torno suyo la más absoluta oscuridad.

Con un gesto de rabia y de impotencia rompió el bastón que llevaba en la mano y marchó por la calle haciendo resonar sus pasos con sus gruesos zapatos clavetados.

Clive subió a la habitación de Prudencia y entró después de haber llamado débilmente en la puerta... Prudencia le esperaba en medio de la habitación. Estaba acaso más pálida que de costumbre, y su rostro exquisito se destacaba de su vestido negro, aquel vestido que la hacía aparecer tan elegante y aristocrática como una castellana de la edad media. Pero Clive no se fijó en ello. Venía hondamente preocupado y en silencio cruzó la estancia y se apoyó en el ventanal escrutando las tinieblas de la noche.

—¿Se ha marchado ya Monty? ¡Parecía tan triste al despedirse de ti!—dijo Prudencia, que no se resignaba a penetrar en el secreto del corazón de Clive—. Toda la noche habéis estado los dos tan misteriosos, tan raros...

—Por favor, Prud, no empecemos de nuevo...

—Digo la verdad... Mientras yo bailaba con el soldadito vosotros dos hablabais a través de la mesa en un tono y un gesto que pareciais dos conspiradores... ¿Tan terrible secreto guardais entre los dos? ¿Robasteis el cepillo de alguna iglesia cuando erais pequeños? ¿O alguno de vosotros tiene una esposa y seis hijos que piden clemencia desde algún apartado rincón del globo?—bromeó Prudencia, para ver si conseguía que Clive le dijera la verdad.

Clive no siguió la broma y continuaba con su gesto sombrío apoyado en la ventana, como si su pensamiento estuviera lejos, muy lejos, y no hubiera escuchado ninguna de las palabras de Prudencia.

—Vamos... confíate a mí... Una pena llevada entre dos es menos dolorosa... ¿Por qué no quieres decirme lo que te pasa? — suplicó Prudencia, poniéndole una mano sobre el hombro y obligándole a mirarla.

—Bien, Prud. Te diré de qué se trata... Se trata de... de un amigo de Monty que se incorporó a filas el mismo día en que estalló la guerra, porque creía cumplir un sagrado deber, porque tenía fe en todos los ideales de la Patria y porque estaba seguro de que debía entregar su vida si era preciso para defenderlos y ensalzarlos... Pero pronto vió que se había equivocado y que luchaba por cosas que no merecían la pena luchar... Encontró a sus superiores, en los que debía haber creído, estúpidos y sin cualidades para el mando. Vió que habían conseguido sus puestos o por influencia o por su nacimiento, pero no por su propio valer... No luchaban para hacer una Patria más grande, más fuerte y más noble, sino que luchaban para adquirir su propio bienestar, aunque fuera a costa del sacrificio de todos nosotros, para crearse una posición mejor, para tener más honores y más dinero... pero ellos, sólo ellos, sin pensar para nada en la Patria y mucho menos en la gran masa de soldados que allí luchaban. Y él, que había ido con el alma cargada de ideales, se encontró que luchaba por un ídolo hecho añicos que mostraba toda la podredumbre de sus entrañas...

—¿Y qué dijo Monty cuando su amigo le contó todo esto? — preguntó Prudencia sin mirar a Clive.

—No supo qué argüir...

—Pues debía haberle dicho que no cabe duda ni argumento posible cuando la Patria necesita de nuestras vidas. Nadie cree que Inglaterra sea perfecta ni que sean infalibles los ingleses... Todos los pueblos tienen sus defectos y sus caídas... Sabemos que hemos sido mal conducidos y que no estamos preparados. Pero, ¿por qué hemos de reprochar nada al pasado, cuando tenemos el porvenir abierto ante nosotros? Tenemos que luchar... Hemos comenzado la lucha por algo más grande, más fuerte y más poderoso que todos nuestros dirigentes juntos... por algo que cons-

tituye el ideal de los pueblos y que Inglaterra debe alcanzar... Si perdemos nuestra fe, ¿qué alternativa nos queda? Si perdemos esta guerra, si nos vencen nuestros enemigos, es terrible lo que va a suceder...

Hablaba Prudencia con entusiasmo, con apasionamiento, movida por su fe y por su ideal de patriotismo; y Clive la escuchó en silencioso recogimiento.

—En todo esto es en lo que él piensa en medio de la confusión de sus ideas. Se pregunta constantemente si Inglaterra, al perder la guerra, sería peor o mejor que ahora; si resurgiría de todas las humillaciones y se hundiría más en ellas...

"Pero, ¿no piensa que, con razón o sin ella, es ya demasiado tarde para titubear? Nos hemos metido en la guerra y no podemos volver atrás... Monty debía haber dicho a su amigo que hay cosas mucho más grandes y poderosas que la conciencia individual, cuando se trata del bienestar colectivo..."

—Ya se lo ha dicho. Y le ha dicho que debe luchar por Inglaterra. Pero ¿sabes qué representa Inglaterra para ese hombre? Inglaterra para él es hambre y miseria; falta de trabajo, y, si lo encuentra, no se le ofrecen más que trabajos denigrantes y crueles... Y si nuestro ejército logra el triunfo de las armas inglesas en esta guerra, ¿qué le dará Inglaterra a este hombre que ha luchado por ella? ¡No le dará nada! Volverá a ser presa de esos hombres que han destruido su fe y sus ideales y trabajará, si es que consigue trabajo, hasta que estalle una nueva guerra para colmar la ambición de los diversos jefes de Estado...

Clive calló, hundiendo la frente entre sus manos; y Prudencia tardó algunos minutos en contestar. El largo discurso que Clive acababa de hacer la había dejado desconcertada, pero pronto se recobró y, buscando en su propia alma todo el caudal de inspiración que podían darle los ideales por los que ella luchaba, replicó con vehemencia y ardor:

—No puedo creer que esto suceda. Espero que no sucederá... Pero suceda lo que suceda, somos nosotros los que lo hemos de decidir, no nuestro enemigo... Pero solamente me hablas de todas las cosas por las cuales ese hombre cree que no debe luchar. ¿No lleva en lo íntimo de su corazón una fe, un ideal por el que se crea capaz de lanzarse a la lucha?

—¿En qué puede creer...?—preguntó Clive con un gesto de profundo abatimiento.

—Eso debe preguntarlo a su propio corazón.

—Ni siquiera cree en su propio corazón... Dime tú algunas de esas cosas por las que un hombre puede y debe luchar.

—Bien... Si alguien me pregunta qué es Inglaterra... no podré contestarle, porque la Patria es todo lo que está fuera del alcance de la palabra humana... Si digo que Inglaterra es Shakespeare, y sus tejados agudos, y los pueblos que sur-

gen de ella... ese hombre se reirá de mí. Si digo que son los oradores espontáneos que en Hyde Park pueden decir todo cuanto se les antoja, sin que nadie se interponga a todos sus disparates... o los policías que están en las esquinas de las calles y que atienden con educación y cortesía a cuantas preguntas se les quieran hacer... o los acantilados de sus costas... todavía se reirá más de mí... Si digo que Inglaterra son sus bosques de árboles milenarios o sus praderas cargadas de flores cuando llega mayo como si Dios hubiera tendido una maravillosa alfombra sobre la tierra... si digo que es la lluvia... y el sol... y la hierba de nuestra bendita tierra... si digo que son las alondras que mañana cantarán al alba, mañana y siempre cuando el sol se desperece y se levante de su sueño... o el juego de los niños en un rincón de jardín... o el sonido de un taxi... o la historia de nuestras viejas ciudades... si digo que la Patria está compuesta de todas estas cosas, grandes y pequeñas, maravillosas e insignificantes, de todas estas cosas que no tienen nombre y que sólo el alma puede percibir... si digo todo esto, él se reirá también, porque las palabras no tienen sentido cuando se habla de la Patria... La Patria es algo más grande, que no puede quedar encerrado en simples frases... La Patria es el orgullo y la gentileza y la alegría de nuestro pueblo... es todo lo que no tiene expresión en nuestra lengua humana, porque la Patria es toda espíritu... Y por eso yo no podría hablar a ese hombre de la Patria, si este hombre no es capaz de comprender todo esto, que no puede quedar encerrado en las palabras de un diccionario... todo esto que no ha de vibrar en nuestros oídos, sino que ha de repercutir en nuestro corazón. Pero podría decirle que Inglaterra es... es Monty y todos los soldados que se hicieron fuertes en la plaza que se les confió, dispuestos a morir en ella antes de rendirla al enemigo... Eres tú, Clive, ayudando a los hombres a alcanzar los botes salvavidas en lugar de lanzarte a ellos procurando ser tú el primero en salvarte... Todo lo que nuestros soldados han hecho, todo lo que llevan dentro de ellos, sangre, pensamiento, corazón, alma... Inglaterra lo ha hecho. Cada partícula de su ser la deben a su Patria porque es su Patria la que los ha formado... Aunque ese hombre no comprenda nada más que esto, forzosamente ha de comprender que al pronunciar el nombre de Inglaterra, representa para él lo mismo que para mí... le ha de sonar este nombre como una música que apaga toda otra melodía... Estas son las cosas por las que hemos de luchar, porque todo esto es Inglaterra... y debe estar convencido de que no podemos ser vencidos, de que no debemos dejarnos vencer... ¡No debemos! ¡No debemos!

Se había ido exaltando con su propio discurso. Puso en él toda su alma, toda su sensibilidad de mujer, todo su corazón de inglesa, y hubiera querido que sus sentimien-

tos hubieran penetrado en el corazón del hombre al que amaba. Por eso habló con exaltación. Por eso se dejó arrebatar por su propio entusiasmo y sus últimas palabras se rompieron en un sollozo.

—Perdona, Clive... Es algo más fuerte que mi misma... Es el espíritu ancestral de mi raza el que ha hablado por mí... y quisiera que ese hombre hubiera sabido comprenderme...

Clive la abrazó y ella, inclinando la cabeza sobre su pecho, dejó desbordar todo el torrente de sus lágrimas hasta entonces contenidas.

* * *

Era ya muy entrada la mañana cuando la muchachita entró en el cuarto de Prudencia cantando a voz en cuello, con el plumero en una mano y la escoba en la otra.

Prudencia se incorporó en el lecho sobresaltada ante la repentina intromisión, y la chiquilla lanzó una exclamación de asombro:

—¡Ah... perdone! Pero, ¿no se ha marchado usted también?—preguntó.

—¿También...?—repitió Prudencia, con un extraño sobresalto en el corazón.

Brincó de la cama, se cubrió con la bata y corrió al cuarto de Clive llamándole desesperadamente, con un terrible presentimiento que la angustiaba hasta ahogar su voz en su garganta.

Clive no estaba en su cuarto, y sobre la mesa, en lugar muy visible, había una carta dirigida a ella. Un ligero temblor se apoderó de sus manos al ir a cogerla y sintió que su rostro se había quedado sin color, porque toda la sangre le había fluído al corazón produciéndole una angustia mortal.

Comenzó a leer, sin saber lo que leía. El rostro iba cubriéndose con una nube de pesar. En un momento toda su dicha quedaba destruída, todas sus ilusiones rotas, todas sus esperanzas fallidas. Se dejó caer en una silla y permaneció así mucho rato, con la carta entre las manos, sin poder llorar, sin poder dar expansión a su dolor.

Sólo martilleaba su cerebro, una y otra vez, como si fuera la propia voz de Clive la que pronunciara las palabras, aquel párrafo de la carta que decía:

"...y no quiero destruir tus ilusiones y hacerte perder la fe... como si fuera un papá que dice a su hijo que los Reyes no existen... No sé dónde iré, ni qué será de mí, ni me importa. Estoy fatigado de la vida. Sólo quiero decirte que has sido muy buena conmigo y que me arrepiento de no poder ser yo igualmente buena contigo. ¡Adiós! El rayo de luz que ha traído a mi vida el haberte conocido, ha sido muy dulce. ¡Ojalá podamos encontrarnos de nuevo cuando el hura-

cán de la guerra haya pasado! Así lo espero. ¡Adiós!"

—¡Adiós!... — murmuró Prudencia, como si él pudiera oirla.

Y los ojos se le llenaron de lágrimas que no trató de retener y que fueron rodando por sus mejillas y cayendo sobre sus manos cruzadas sobre la falda en un gesto de laxitud y de desesperación.

Aquellas vacaciones habían sido el principio de algo sublime que quedaba ahora destruído; pero guardaría de ellas siempre, siempre, un sabor de infinito que no podría morir ni a través del tiempo ni de la distancia, porque era en la raíz de su propio corazón donde quedaba encerrado todo el encanto incomparable de un amor fuerte y sincero.

* * *

Comenzó para Clive Briggs una vida nómada, errante, de hombre que vive al margen de la ley y que tiene que huir de la justicia.

Había sido declarado desertor, después de haber esperado hasta más allá de toda esperanza y de haberle buscado mil excusas para no ponerlo en la infamante lista. Al fin tuvo el capitán que rendirse a la evidencia y declarar desertor al mejor soldado que había estado a su servicio.

Clive marchaba a través de los caminos sin un fin determinado, sin una orientación fija. Una extraña sensación se había apoderado de él, como si la guerra hubiera pasado para siempre jamás, o no fuera más que invención de su fantasía calenturienta. Le parecía que ahora su vida tenía más semejanza con la muerte, porque era como si moralmente se hubiera suicidado... Ya no era Clive Briggs; no era más que un desertor. No tenía nombre, ni patria, ni hogar; era un paria... ¡Un paria que había abandonado por voluntad propia lo que de más bello tiene la vida: un gran amor! Pero tenía que ser fiel a sus propias convicciones; no podía engañar a aquella criatura tan llena de fe y de esperanzas, a aquella mujer pura y buena que creía en todo lo bueno y que tenía puesta su fe en los ideales más elevados. Por eso se había marchado de su lado. Por eso caminaba por la carretera desierta, anochecido ya, sin rumbo fijo, como un perro sarnoso que se ve arrojado de todas partes y que no sabe dónde ir a descansar para dejarse morir.

Un camión pasó a su lado y se detuvo.

—¿Hacia dónde va, compañero? —preguntó la voz del chofer, que era un hombre del campo.

—Hasta el próximo pueblo—contestó Clive, deteniendo el paso.

—No llego hasta allí, pero puedo llevarle unos cuantos kilómetros.

No le vendrá mal subir a mi lado... Parece usted cansado de una larga caminata.

—Sí, estoy cansado... Gracias—aceptó Clive subiendo al camión y tomando asiento al lado del buen hombre que volvió a poner en marcha su máquina que trepidó sobre la carretera.

Pocos kilómetros llevaban recorridos cuando el camión inició la disminución en su marcha, como si fuera a parar.

—¿Qué pasa?—preguntó Clive.

—Es un puesto militar. Debemos detenernos para exhibir nuestros carnets.

Clive no esperó a oír más. Saltó a la carretera en el momento mismo en que dos soldados se acercaban al camión, y se perdió corriendo entre las sombras de la noche, por entre la maleza del bosque que orillaba la carretera.

—¿Dónde va ése?... ¿Quién es? ¡Sargento, se ha marchado por allá! ¡Aprisa, debe ser un espía alemán! —gritó uno de los soldados, dando la voz de alarma.

Se destacaron unos cuantos hombres para ir en persecución del que huía, y el sargento interrogó al conductor del auto:

—¿Quién era ese hombre?

—No sé... Le encontré en la carretera y le ofrecí llevarle unos cuantos kilómetros. Me dijo que iba hasta Guilford. Lo único que puedo asegurar es que no era alemán, porque hablaba el inglés con el mismo acento que usted y que yo...

Fué inútil que le persiguieran. La noche le amparaba. Clive tenía buenas piernas y pudo ponerse en pocos minutos a salvo de sus perseguidores. Luego caminó sin prisa ya, seguro de que no le seguían, y cuando ya brillaba en el cielo la estella de la mañana, rendido de fatiga, aniquilado por aquella marcha forzada, sintiéndose sin fuerzas para continuar, con un cansancio mortal producido más por la angustia del espíritu que por la fatiga física, se tendió sobre un montón de paja que encontró bajo un porche levantado en medio del campo y se durmió profundamente.

Despertó sobresaltado al oír una voz que le llamaba violentamente:

—¡Eh! ¿Qué haces ahí?... ¡Despierta, gandul! ¡Te estoy hablando! ¡Levántate ya! ¿Qué estás haciendo?...

Se incorporó y vió ante él a un labrador con una horca en la mano. Se restregó los ojos deslumbrados por la potente luz del sol y replicó, sacudiéndose las pajas que habían quedado prendidas en su ropa:

—Me senté aquí a descansar... y me he debido quedar dormido... Hago una excursión a pie, a través de una comarca enorme... y la fatiga me ha rendido.

—¿Un viaje?—murmuró el campesino con desconfianza, mirándole de pies a cabeza—, ¿Una larga excursión sin una mala mochila?... ¡Huuuuum! Mejor será que venga conmigo hasta el pueblo y que preste su declaración ante el capitán. Están buscando a un espía alemán...

Clive no le dejó concluir; abalanzóse sobre él, le arrancó la hor-

ca de las manos y comenzó a golpearle con el puño, en una desesperada defensa. El otro se defendió; pero Clive era más joven, más fuerte y estaba desesperado. Logró tumbarle y escapó corriendo, huyendo como un malhechor. No podía presentarse ante ninguna guardia de soldados porque no tenía la cartilla militar en regla y no podría explicar por qué no se había incorporado de nuevo a filas, terminado el permiso que en ella figuraba.

Llegó al pueblo vecino y se encaminó al puesto de sanidad que había a la entrada del mismo. En la lucha sostenida se había herido en la mano y la herida sangraba abundantemente a pesar del rudimentario vendaje que se había hecho él mismo con su pañuelo.

Le abrió la puerta la propia enfermera encargada del puesto.

—Usted perdone... Acabo de tener un pequeño accidente... y aunque no creo que sea gran cosa, la herida no deja de sangrarme... Si fuera tan amable de quererme curar.

—Pase y siéntese. Voy a ponerme la bata y en seguida le atiendo —replicó la enfermera, apresurándose a hacer lo que decía, porque sabía bien cuál era su deber y cumplía fielmente con la misión que su puesto le encomendaba: curar a todo el que llamara a su puerta, sin preguntarle quién era ni de dónde venía.

Comenzó a curarle la mano y se la examinó atentamente:

—Es un desgarrón muy considerable — dijo—. Le hubieran hecho mejor cura en el hospital.

—Seguramente... pero no tenía tiempo de llegarme hasta el hospital. Tengo muchísima prisa. Me he caído de mi motocicleta, sin saber cómo, en un viraje un poco violento — explicó Clive, para dar una razón de su herida.

—¿Dónde ha dejado la moto?

—En un garaje para que la repararan.

—¿En el que está en la carretera de Midhurst? — inquirió la enfermera, mientras seguía curando la mano herida—. Le voy a hacer un poco de daño, pero es preciso, porque la herida es honda—añadió, escuchando apenas el ligero "sí" con que Clive respondió a su pregunta.

Entró en aquel momento un niño de unos doce años, que venía de la escuela muy excitado:

—¡Mamá! ¡Mamá!... ¡La policía está buscando a un espía que dicen ronda por el pueblo...! Han telefoneado al profesor preguntándole si había visto algo anormal en la escuela, pero allí nadie sabe nada. Lo han encontrado esta mañana durmiendo en el pajar de la granja de Tom... y éste le ha denunciado.

La enfermera dió una larga mirada a Clive, que la sostuvo, y luego, volviéndose a su hijo, le ordenó:

—Vete a almorzar. Lo tienes todo preparado en la cocina. Yo tengo todavía un poco de trabajo.

—Bien, mamá...

Clive bajó entonces los ojos, al hallarse solo con la enfermera, por miedo a que leyera en ellos toda la verdad.

—Así... ¿dice usted que no tenía tiempo para ir hasta el hospital?—inquirió ella, mientras vendaba cuidadosamente la mano herida.

—Sí... no tenía tiempo... llevo mucha prisa—murmuró Clive.

—El hospital está en la carretera de Midhurst, donde ha dejado usted su moto, y sólo a la distancia de media milla... Lo siento mucho, pero mi deber es dar parte a la policía de su presencia en esta casa—dijo noblemente, sin usar de subterfugios ni de supercherías para tender una trampa al herido.

—Comprendo lo que está pensando de mí... Pero, ¿me creerá si le aseguro que no soy un espía?

—Sinceramente, no, no puedo creerle...

—Se lo puedo jurar... Me dormí en un pajar y me ha despertado la voz airada del granjero. Hemos luchado porque quería detenerme como espía... Me he herido en la mano al pelear con él... y he venido aquí a curarme. No soy un espía... ¿Quiere darme diez minutos de ventaja antes de denunciarme? Solamente diez minutos... luego haga lo que quiera.

—Pero su herida no está bien curada. Tendría que darle unos puntos—dijo la enfermera, viendo de nuevo en aquel hombre únicamente al que necesitaba de sus servicios profesionales.

—Eso no tiene importancia. ¿Me concede los diez minutos que le pido? — insistió Clive, encaminándose ya a la puerta de salida.

La enfermera le miró largamente; aquel hombre no tenía el aspecto de un traidor; tenía una mirada dolorosa y una expresión de angustia que sobrecogía. ¡Quién puede penetrar en el misterio de las almas!

—Bien... márchese antes de que pueda arrepentirme. No daré parte hasta dentro de diez minutos...

—Quisiera darle las gracias por todo cuanto ha hecho por mí... Me ha curado, me ha vendado... y yo no le puedo pagar nada.

—He cumplido estrictamente con mi deber profesional—aseguró la enfermera, sin moverse de su puesto.

—¿Es también un deber el denunciarme?

—Sí; debo lealtad a mi Patria... Márchese, se lo ruego.

Clive se hundió la gorra hasta los ojos y salió. La enfermera corrió a la cocina y abrazó fuertemente a su hijo, como si quisiera en aquel abrazo librarle de todos los dolores de la vida, de todos aquellos dolores que había visto, por un instante, en el fondo de los ojos de Clive.

* * *

Logró de nuevo rehuir la persecución, pero cada vez le era más difícil seguir su camino. En todas

partes le pedían el carnet; si solicitaba algún alimento, se le exigía el carnet; si intentaba dormir bajo techado, en camas de alquiler barato, se le pedía el carnet; tenía que dar grandes rodeos para no cruzar los controles de los caminos y parecía como si todo el mundo tuviera que señalarle con el dedo y decir: "¡Al desertor! ¡Al desertor!"

Se preguntó una y mil veces si tenía derecho a desertar, de volver la espalda al destino que tantos millares de compatriotas afrontaban con valor y con alegría.

Se preguntó si en su vida futura tendría alguna vez ocasión de saldar aquella deuda con sus compañeros muertos por la Patria. Se preguntó si su resolución era tan pura como la muerte que iluminaba con luz celestial los cadáveres de los que caían en el frente. ¿No había en su resolución fango y miseria, o un palpitante deseo de vida para sobrevivir a todos los horrores que había visto en Francia y de los que ahora había escapado, contra toda ley? Todo le parecía raro e incomprensible. Y sólo lograba entender la voz de Prudencia, aquella voz grave y vehemente que le hablaba de la Patria en elevados tonos, como de algo tan inmaterial y grande que merecía todos los sacrificios y todos los holocaustos.

Tuvo que hacerse a un lado del camino, porque por la carretera venían avanzando grupos de hombres que, aun sin uniforme, llevaban ya la marcial apostura del soldado; eran los voluntarios alistados últimamente que iban a incorporarse a filas y marchaban cantando con una alegría inexplicable para Clive.

Se escondió tras el tronco grueso de un árbol milenario y esperó a que pasaran. Estaba en el jardín de la parroquia del pueblo. A dos pasos de él, junto a la puerta, el pastor hablaba con un policía que se había detenido para dar paso a los futuros soldados.

—No llevan todavía el uniforme, pero ya tienen el espíritu del soldado—comentó el policía, orgulloso, como si formara él mismo parte del grupo. Y luego añadió, hablando de las cosas sobresalientes de la localidad—. Estamos destacados toda una patrulla para buscar a un espía que ayer encontraron durmiendo en el pajar de la granja de Tom. Pero no tenemos de él otro indicio más que lleva una mano herida. A pesar de esto estoy seguro que daremos con él... Buenos días, padre.

—Buenos días — replicó el pastor, dando media vuelta para encaminarse a su capilla y descubriendo allí, a dos pasos de él, tras el grueso tronco del añoso árbol, a un hombre que llevaba una mano herida...

Esperó breves momentos hasta que el policía estuvo fuera del alcance de su voz y, luego, dijo al desconocido:

—Esta es la casa del Señor. Si quiere seguirme hallará en ella cobijo y descanso.

—Gracias. No soy el espía alemán que andan buscando... pero si

quiere entregarme a la policía, no tiene más que llamar—replicó Clive, que estaba amargado y que, sobre todo y ante todo, no tenía fe en nada ni en nadie.

El pastor sonrió dulcemente:

—Tiene usted cara de fatigado... ¿Quiere tomar el té conmigo?

Clive aceptó, siguiendo los pasos del pastor.

—Es bellísima esta iglesia. De estilo normando, ¿no? Y muy antigua—comentó Clive, admirando la finura de líneas de la arquitectura.

—Sí, antiquísima. El campanario data del siglo trece. Dicen que los mismos campesinos la construyeron. Trabajando de noche, después de terminadas sus labores en el campo.

—¡Ah! En aquellos tiempos tenían una gran fe. En nuestros días nadie haría eso.

—¿Usted cree...? — preguntó el pastor en tono de duda—. Acaso hable usted únicamente por sí mismo... Pero, dígame, ¿si no es usted el espía que están buscando, por qué se escondía?

—Porque soy un desertor—confesó noblemente Clive.

Habían llegado a la sacristía, y pasaron al comedor donde el pastor, al que le faltaba el brazo izquierdo, comenzó a preparar el té penosamente a causa de la falta de su brazo.

—Si me hiciera el favor... ahí, en ese armario, está la caja de las galletas... ¿quiere alcanzarla?

Clive la cogió, se sentó y saboreó unos sorbos de té, dando un hondo suspiro.

—Nunca había sabido apreciar, como en este momento, todo el valor que tienen cuatro paredes, un buen fuego donde calentarse y una taza de té.

—¿Es eso todo lo que usted necesita?—preguntó el pastor, mirando fijamente a Clive.

—No—contestó éste con voz profunda—. Lo que necesito, por encima de todo, es tranquilidad de espíritu...

—Perdóneme si le parezco demasiado indiscreto... o demasiado ingenuo. ¿No ha intentado usted alguna vez rezar?... Mucha gente ha encontrado la paz de su alma en la oración.

—Muchas veces he rezado. Todo el mundo reza cuando se encuentra en un grave apuro. En Dunkerque me encomendé a Dios, a Buda y a Mahoma... Pero luego me cansé de rezar — murmuró Clive desdeñosamente.

El pastor le miró compasivamente:

—¿Quiere mucho azúcar? — le preguntó, sirviéndole otra taza de té—. Tome algún pastel... están hechos en casa y puedo garantizarle su pureza.

—Creo que no podría tragar ni un bocado — murmuró Clive, desconcertado por las atenciones que le prodigaba el pastor.

—No tiene apetito porque está terriblemente cansado. Descanse un poco y verá cómo podrá comer algo. ¿Dónde piensa ir después?

—¿Dónde pienso ir? ¡Ojalá supiera dónde *puedo* ir! Acaso me quede aquí, al amparo de la Iglesia,

gritando: ¡Estoy en sagrado!... ¿No era este el rito antiguo de la iglesia? Cualquier criminal que se acogiera a él estaba salvado...

—Ahora ya no tenemos este privilegio... Los tiempos han cambiado en cuanto a la ayuda material que la Iglesia podía dar a los perseguidos... Pero tenemos un privilegio mucho mayor: podemos ayudar moralmente a todos los que sufren, a todos los que lloran, a todos los que creen haber perdido para siempre la fe... Tenemos el privilegio inapreciable de poder devolver la paz del espíritu a aquellos que la han perdido...

—Perdone, Padre: he sido muy brusco y he hablado con demasiada dureza.

—No se preocupe; todo el que sufre es duro... Y usted es el símbolo de nuestros tiempos: los tiempos en que la razón ha creído poder vencer a la fe.

—¿Cómo puede tenerse fe cuando la razón nos dice que no podemos creer en nada?—preguntó Clive, mirando con ojos profundos al sacerdote.

—La razón triunfa en todo lo que conocemos corpóreamente; pero hay muchísimas cosas que no conocemos, que no podemos materializar, y en ellas la fe triunfa sobre la razón. La fe es la cualidad de creer en todo lo que está más allá de la razón humana. ¿No es esto lo que le está atormentando a usted? No ha desertado usted por cobardía, no... Toda su razón no es bastante para acallar el grito de su conciencia que le manda volver al frente a luchar por la patria. Su razón le dice que no debe volver allá... pero su fe le ordena que siga luchando por Inglaterra, porque Inglaterra necesita de la fe de todos sus hijos para salir triunfante de esta guerra...

—Estas mismas palabras me decía, no hace mucho tiempo, una muchacha encantadora que tiene fe en todo y que no se dejaba dominar por la razón—murmuró Clive, apoyando la cabeza en el respaldo del sillón y entornando los ojos para escuchar mejor aquella voz que le hablaba desde lejos.

—Su alma y su pensamiento están librando una gran batalla...

—Sí, es verdad... Estoy tan cansado... tan extenuado... que ya no tengo fuerzas para seguir huyendo... Aborrezco la vida que estoy llevando y me odio a mí mismo cada vez que tengo que ocultarme porque veo un uniforme... Acaso tenga usted razón... Acaso lo mejor será que me entregue... que explique a mis superiores lo que acabo de contarle a usted... Que les diga que he desertado por falta de fe... Veremos si lo creen... Dejemos que ellos mismos decidan...

Clive se había levantado y se dirigía a la puerta dispuesto a marcharse. Las palabras del pastor habían hecho honda mella en su ánimo, porque le habían hecho escuchar con más claridad la voz de su propia conciencia que despertó el día en que Prud le había hablado de todos los ideales en los que él pensaba no creer nunca más.

—Si yo estuviera en su lugar—

insinuó el pastor—no tomaría una resolución sin meditarla concienzudamente. Puede usted arrepentirse de ella...

—No... Un hombre debe ser íntegro. No puede conquistar su propia libertad si no está dispuesto a pagar el precio que por ella se le pide. El precio es demasiado caro y yo no quiero pagarlo. Y si no admito aquello en que yo creo, no tengo derecho ninguno a creerlo... por eso debo entregar mi libertad, que no es mía, sino de mi patria...

—Bien... Pero puede quedarse aquí esta noche, si usted quiere...—ofreció el pastor.

—No, no, no... Debo marcharme. Gracias por todo. Me ha prestado una gran ayuda. ¡Al fin sé bien lo que voy a hacer al salir de aquí! —afirmó Clive, levantando la frente con un gesto de decisión.

—¿Se siente bastante fuerte para hacerlo?

—Sí, Padre.

—Pues que Dios te bendiga, hijo. Sea lo que sea lo que vayas a hacer, no te dejes dominar nunca por la razón, sino por tu fe. Por tu fe por encima de todo. Y yo te prometo que si obras así muy pronto todos tus problemas quedarán resueltos.

—Gracias, Padre... gracias, ¡y adiós!

Se estrecharon la mano en un varonil apretón: el del pastor quería dar esperanzas, alientos y fuerzas al alma débil de Clive; el de Clive era como una promesa de regeneración.

* * *

Prudencia seguía prestando sus servicios en el Cuerpo Auxiliar Femenino de Aviación. Estaba ahora destacada en Londres y su trabajo se había intensificado, porque allí era el campo de operaciones de mayor actividad al que podían haberla destinado.

Se entregó con toda su alma al deber que su cargo le imponía. Sólo en el cumplimiento del mismo hallaba un lenitivo para el gran vacío que dejó en su alma la ausencia de Clive y, sobre todo, para el intenso dolor que le producía pensar en aquel hombre moralmente enfermo que había huido de su lado cuando más necesidad tenía de ella.

Aquella mañana, después de los ejercicios diarios que las reclutas practicaban en el cuartel, la telefonista del mismo llamó a Prud y le dijo que la habían llamado al teléfono y que, como no podía avisarla, habían dejado un número para que llamara ella.

Corrió a la cabina. Sólo una persona podía insistir en hablar con ella por teléfono. Le temblaba la voz al pedir el número. Forzosamente era Clive quien la llamaba. Esperó con el ansia en los ojos y una sonrisa de esperanza en los labios un poco pálidos y exangües.

—¿Es el diecisiete cuarenta?—preguntó, cuando le hubieron dado la comunicación.

—¡Prudencia!... ¡Oh... Prudencia!—exclamó la voz de Clive desde el otro extremo del hilo.

Clive había querido, antes de presentarse en el cuartel para entregarse, hablar con Prud, contarle su determinación, decirle que estaba arrepentido de todo, confesarle que era su amor, únicamente su amor lo que le había salvado de sí mismo. Y había estado esperando, apoyado en la trastienda de un almacén, la llamada telefónica cuya tardanza le pareció eterna.

—¡Prudencia!... ¡Oh... Prudencia!...—era todo cuanto podía decir, ahora que estaba al habla con ella.

—Clive... sí... soy yo... ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? ¿Estás enfermo?—inquirió Prud angustiosa.

—No, no, no... no estoy enfermo; solamente que...

—¿Dónde estás? ¿Desde dónde me llamas?

—Estoy muy cerca de Londres. Necesito verte, Prud... No, no, no podía escribirte porque... no puedo decirte ahora el por qué... Oye, Prud... es que... ¿sabes? voy a alistarme de nuevo...

—¡Oh, Clive! No hagas nada sin verme antes—suplicó Prudencia—. Prométeme que no harás nada antes de verme.

—Te lo prometo..., Prudencia, ¿podrías venir aquí, donde yo estoy? ¿Puedes conseguir un permiso... para venir a casarte conmigo? ¿Quieres que nos casemos antes de que?...

—Sí, sí, amor mío... Obtendré el permiso... Iré a casarme contigo... Unicamente te pido que no hagas nada antes de verme, ¿oyes?—insistió ella, medrosa, asustada, anhelante, porque sabía que aquella presentación podía ser fatal a Clive.

—Te lo prometo, Prud, te lo prometo, estate tranquila... Después de todo, si me alisto de nuevo sólo Dios sabe cuándo volveremos a vernos... ¡Oh, Prud, eres tan bella, tan buena... y te quiero tanto!—exclamó Clive con acento conmovido—. Me crees, ¿verdad? ¿Crees de veras que te quiero?

—Sí, Clive... te creo porque nunca me lo habías dicho hasta ahora.

—No te lo había dicho hasta ahora, porque hasta ahora no me había dado cuenta de que te amo con toda mi alma... ¿Te casarás conmigo, Prud?

—Claro que sí, vida mía.

—¿A qué hora nos encontraremos?

—Después de las nueve puedo ya estar libre.

—Entonces te esperaré en la estación de Charing Cross, bajo el gran reloj central. Hasta luego, amor mío...

—Espera, espera un poco... Cuando alguien se declara a una muchacha, ésta tiene necesidad de comunicar el acontecimiento a quienquiera que sea... y yo sólo te tengo a ti para hablar de ello... —dijo Prudencia con la voz temblorosa de emoción.

—Prud... ¡te quiero tanto!... Has-

ta luego, amor... Hasta las nueve, bajo el gran reloj de Charing Cross...

—Hasta las nueve... bajo el gran reloj de Charing... ¡Que Dios te bendiga!

Dejó el receptor apoyando su cabecita rubia en la pared, como si se sintiera sin fuerzas para sobrellevar tanta felicidad. Y luego corrió a pedir permiso a sus superiores, para no faltar a aquella cita que había de ser la felicidad de su vida.

También Clive dejó el receptor con el alma inundada de paz y de dicha y se acercó al mostrador para pagar lo que debía por la conferencia. Cuando se volvió para salir a la calle se encontró frente a dos policías del ejército que le pidieron su documentación.

Clive bajó la cabeza, hizo un gesto resignado y replicó:

—Estoy dispuesto a seguirles donde ordenen.

Le llevaron al cuartel y le pidieron declaración. Conocían su filiación y sólo le pedían algunos datos de la ruta que había hecho. El nombre de Clive Briggs figuraba en la lista de desertores. No se podía dudar de la identidad del que declaraba, porque él mismo había confesado su culpa.

—Sargento, he dicho toda la verdad y nada más que la verdad... ¿Me creería usted si le digo que iba a presentarme cuando he sido detenido? Se lo puedo jurar. Solamente quería unas pocas horas de libertad... solamente hasta las nueve de esta noche... Quisiera hablar con el oficial o con el capitán... Es algo de suma importancia para mí...

—Hablará con el capitán cuando sea tiempo; ahora ha de terminar su declaración.

—Pero es ahora que necesito hablar con él... Más tarde ya será demasiado tarde para mí... Le juro que es un asunto muy importante... Por favor, se lo ruego, déjeme hablar con él—imploró Clive.

Había en su tono tal sinceridad que el sargento le miró fijamente, dió orden a un soldado para que vigilara al detenido y fué a hablar con el capitán. Este, después de escuchar las palabras del sargento, concedió al detenido la audiencia que solicitaba.

Clive fué introducido por el propio sargento en el despacho del capitán. Se cuadró militarmente ante él y murmuró con sencillez:

—¿Podría hablar a solas con usted?

—Sargento... déjenos solos... ¿Y bien, qué es lo que tiene que decirme?—inquirió, mirando a aquel hombre que estaba ante él en actitud humilde, pero digna.

—Apenas sé cómo empezar... Quiero pedirle un favor y sé que no tengo derecho alguno a pedir nada... Estaba citado para esta noche, a las nueve, con alguien a quien se lo debo todo... Puede usted creerme, señor, esta cita representa para mí lo más importante que hay en el mundo.

—¿Por qué ha sido usted detenido?—preguntó el capitán, que era un hombre de mundo, de porte aristocrático, y en cuyos ojos había una mirada dulce de comprensión hacia todos los errores humanos y

hacia todas las debilidades del alma.

—Por deserción.

—Según ha declarado usted, había cambiado de opinión y pensaba presentarse de nuevo, ¿no es cierto?

—Sí, señor, y esta es la pura verdad... Iba a presentarme tan pronto como me hubiera entrevistado con esa persona que me espera a las nueve.

El capitán consultaba, entretanto, el fichero y, leyendo en la ficha de Clive Brigga, murmuró:

—Según veo fué usted voluntario desde el primer día que estalló la guerra... Ha estado usted en Arras y en Dunkerque... ha sido usted nombrado dos veces en la orden del día y está propuesto—estaba propuesto (se corrigió) — para una condecoración... No acabo de comprender por qué desertó usted...

—Luché lo mejor que supe por defender a mi patria, señor... pero... pero vi demasiadas cosas en el frente... y...

No podía continuar. La hora avanzaba. Se estaba haciendo tarde para llegar al lugar de la cita a la hora señalada. Se interrumpió con vehemencia.

—Estoy dispuesto a aceptar la responsabilidad en que he incurrido, sea cual sea el castigo que se me quiera imponer... Pero yo le ruego que quiera creerme... Le doy mi palabra de honor de que antes de dos horas estaré de regreso... Necesito, por encima de todo, ver a esa persona antes de entregarme...

El capitán le miró. Los ojos de Clive brillaban con brillo de lágrimas. La voz tenía acento de honda sinceridad.

—Está bien... Sea... Le concedo un permiso de dos horas, bajo mi propia responsabilidad.

—Gracias... gracias, señor... — murmuró Clive, saliendo precipitadamente, porque el tiempo avanzaba y no quería faltar a aquella cita suprema.

Al llegar al centro de Londres sonaban las sirenas de alarma. Clive cruzó las calles sin darse cuenta de ello. Tenía que llegar, antes de las nueve, a Charing Cross. Tenía que ser él el primero en acudir a la cita. Pero los aviones enemigos sembraron el terror en las grandes vías londinenses. Temblaba la tierra con el estampido de las bombas. El fuego que prendía en los edificios iluminaba con pinceladas rojas el cielo oscuro de la noche de Londres en el que se oía el roncar tenebroso de la aviación enemiga. Los gritos de la multitud se ahogaban en el estruendo de las baterías antiaéreas. Los bomberos trabajaban incansablemente para evitar que el fuego se propagase de un edificio a otro. Las gentes corrían alocadas huyendo de las casas siniestradas y pedían a voces auxilio para los que habían quedado dentro.

Clive se olvidó de sí mismo; no vió más que el dolor y la destrucción que le rodeaba y se sumó a las brigadas de salvamento, trabajando ahincadamente para arrancar de los brazos de la muerte a alguna de sus víctimas. Valientemente, bra-

vamente, entró varias veces en una casa incendiada, junto con un soldado, y sacó de allí a un niño medio asfixiado y a una mujer desmayada. Aún se oían voces dentro de la casa, pero las llamas salían por puertas y balcones, como brazos infernales que amenazaran al que quisiera acercarse a ellos:

—Mi mujer... mi mujer... mi mujer...—gritaba un pobre hombre, enloquecido por el terror, señalando un sótano.

Clive corrió para intentar el salvamento de la desdichada, lo logró, pero una nueva bomba estalló derribando con su potencia toda la fachada del edificio que ya era pasto de las llamas...

Y él quedó sepultado ente aquellos escombros hechos añicos.

* * *

Prudencia había acudido puntualmente al lugar de la cita. Llegó a Charing Cross antes de la señal de alarma de las sirenas y, como el bombardeo había tenido lugar en el extremo opuesto de la ciudad, no había sentido ella sus efectos.

Allí, sentada en el banco, bajo el gran reloj central, esperó una hora y otra y otra, segura de que él tenía que llegar, de que no podía faltar a aquella cita suprema. Hasta que la voz de un empleado la sacó de la abstracción en que la había sumido la larga espera:

—¿Qué tren espera, señorita?

—¡Oh... esperaba... a alguien que no ha llegado!—replicó Prudencia, levantándose y saliendo de la estación como una autómata.

A aquella hora no podía volver al cuartel. Tenía permiso para cuarenta y ocho horas. ¡Las horas que se había prometido iban a ser las más dichosas de su existencia! Y corrió a su casa para pedir auxilio a su padre.

—¡Prudencia! ¿Tú aquí a estas horas? ¡Qué sorpresa! ¿Qué te ocurre? ¿Te ha sucedido algo malo?—le preguntó su padre, viéndola entrar pálida y demudada en su despacho.

—Papá... ¡Oh, papá!...—exclamó Prudencia, echándose a sus brazos y rompiendo a llorar.

—Vamos, pequeña, cálmate... Centenares de enfermos pasan por este despacho: algunos casos son graves y requieren una intervención quirúrgica... pero la mayoría de las veces, por fortuna, no son más que leves preocupaciones... Vamos, dime qué es lo que te pasa... ¿De qué me serviría mi larga experiencia de la vida, si no pudiera ayudar a mi hija en el momento en que me necesita?

—Papá...—comenzó a decir Prud,

como si se confesara—. La primera vez que tuve permiso, después de haber ingresado en el ejército, en lugar de venir a casa a pasar mis vacaciones me fui a un lugar apartado de la costa con un soldado... ¡Oh, por favor, papá no me digas nada...! No tengo nada de qué avergonzarme...

—Es extraña la sensación que siente un padre, cuando se da cuenta de que su hija ya no es una niña envuelta en mantillas... Los padres no os vemos nunca crecer... Sigue, hija mía, sigue.... sé que nunca podrás hacer nada de lo que te tengas que avergonzar.

—Ya sé que no hice bien, papá, yéndome con él; pero te prometo que es verdad lo que te he dicho... Hoy me ha llamado por teléfono y me ha dicho que vendría para casarse conmigo... Le he esperado inútilmente en la estación... No ha venido... Por esto estoy aquí, papá.

—Bien... tu historia es una historia muy trivial... El muchacho se ha arrepentido de su promesa...

—No, papá... Algo malo le ha ocurrido... O lo han arrestado por haber prolongado más tiempo del debido el permiso que le concedieron en el frente, o le ha ocurrido alguna desgracia con el bombardeo... Sufrió mucho en el frente, papá... Estuvo en Dunkerque y los horrores que allí vió han turbado un poco su mente... ¡Me necesita tanto para que yo le ayude a salir del mar de confusiones en que está hundido! Debo buscarle, papá... y debo encontrarle... Por esto he venido... Para que tú me ayudes...

La voz de Prudencia se rompía en sollozos que en vano trataba de contener. Había tal angustia en sus ojos, tanta desesperación en su actitud, que su padre la acarició suavemente y prometió:

—Haré cuanto esté en mi mano para encontrarle. ¿Cómo dices que se llama?

—Briggs... Clive Briggs...

El doctor Gathaway llamó por teléfono a distintos sitios para informarse; en ningún lado le daban razón. Unicamente en el hospital le dijeron que habían ingresado muchos heridos en las últimas horas y que informarían de si entre ellos se encontraba Clive Briggs; que le llamarían de nuevo en cuanto tuvieran la información.

Prudencia esperaba con una irreprimible inquietud la nueva llamada. Su padre, viéndola sufrir, le preguntó:

—¿Y quién es ese muchacho por el que tanto te interesas?

—Ya te lo he dicho, papá... Es un soldado, un simple soldado, sin graduación alguna.... Desde el mismo momento en que le conocí sentí que estaba locamente enamorada de él... ¿Por qué fué? ¿Por qué el amor nace así, sin saber cómo, y toma tan fuerte raigambre en el corazón?

—Ni el más sabio entre los sabios lo sabría explicar, hija mía... El amor lleva su raíz en lo más íntimo de nuestro ser desde que nacemos... Y lo va formando y haciendo fuerte todo lo bello que sale al paso en el curso de la vida: lo forma la juventud, y la luna que brilla en un cielo sereno, y la me-

lodía de una orquesta que sabe hacer vibrar las fibras sensibles de nuestro ser; y todo lo que tú has soñado y lo que has hecho creyendo que era bello... Todo esto es lo que conduce al momento de la explosión de esa flor maravillosa que se llama amor, cuya raíz brota de nuestras entrañas y cuyas flores van casi siempre regadas por las lágrimas, porque un amor que no sabe llorar, no es amor...

El timbre del teléfono interrumpió al doctor Gathaway. Prud escuchó la conversación tratando de reprimir los latidos de su pecho. Realmente, en el hospital había un herido que respondía al nombre de Briggs. Debía ser él. Sí, estaba gravemente herido y se le iba a practicar una operación en el cráneo, bárbaramente herido por los cascos de una bomba.

—¿Quieres venir conmigo al hospital?—preguntó Gathaway a su hija, cuando hubo cesado de hablar por teléfono—. Quiero asistir a la operación que le van a practicar.

—Sí... sí... voy contigo... ¡No podría estar en casa mientras él lucha entre la vida y la muerte!

En el hospital estaba todo preparado ya para la operación. La intervención iba a ser muy difícil. Había el peligro de una hemorragia cerebral. Era preciso actuar rápidamente y no había seguridad alguna del éxito de la operación.

Prudencia quiso entrar en el quirófano, pero su padre no la dejó. Estaba demasiado nerviosa y excitada para tener fuerza suficiente para presenciar una operación tan arriesgada y difícil.

—Quédate aquí y espera... Ten confianza en nosotros... Haremos cuanto podamos por salvarle... Toma un poco de café y descansa...

Prud les vió entrar en el quirófano con las batas y las mascarillas, seguidos por los ayudantes y las enfermeras. Sintió como si el mundo se hundiera a sus pies. Todos ellos iban al lado de Clive, mientras ella tenía que estar allí esperando, esperando contra toda esperanza.

Se paseó nerviosamente de un lado a otro y se le hacían eternos los minutos que transcurrían.

—¿Cuánto tiempo cree que tardarán?—preguntó a la enfermera que estaba con ella.

—No puede nunca decirse... A veces con media hora es suficiente... Otras veces emplean hasta cuatro horas...

—¡Oh... es terrible esta angustia!

No podía estar sentada. Escuchaba todos los rumores que venían del quirófano y, cuando la puerta del mismo se abrió, corrió alocada al encuentro de su padre:

—¿Cómo está? ¿Cómo ha ido la operación?—inquirió con ansia.

—Hija mía, en estos casos es muy difícil precisar... No puede decirse nada hasta pasadas las primeras cuarenta y ocho horas.

—¿Puedo verle?

—No, no, es preciso no causarle ninguna impresión... Le verás mañana...

—¿Qué ocurrirá? ¿Se salvará

o...?—preguntó, medrosa, temiendo escuchar una contestación fatal.

—Mañana se encontrará mejor... ya verás... Hemos vencido la opresión que el hueso producía en el cerebro y, cuando salga del torpor de la anestesia, razonará bien y se acordará de todo... Luego, seguramente, vendrán alzas de temperatura y delirio...

—¿Y luego?...

—Nadie puede decirlo... Es preciso esperar, Prud... Espera y ten fe...

Prud se sometió a aquella nueva espera, pero en cuanto le dieron permiso corrió a la cabecera del lecho del enfermo. Comenzaba Clive a salir de su sueño anestésico, y susurraba levemente:

—Tengo sed... tengo sed... Prudencia... tengo sed...

Abrió los ojos y encontró frente a él el rostro de aquella a quien acababa de llamar, mirándole con su mirada dulce y buena, alentadora y llena de promesas:

—¡Prud!...—musitó, casi sin voz.

—Sí, Clive, aquí estoy, a tu lado...

—¿Cómo has venido?

—Hubo un terrible bombardeo, Clive...—quiso explicar Prudencia.

—Sí, lo recuerdo... Pero... ¿desde cuándo estoy yo aquí?

—Desde ayer noche.

—No... no puedo estar aquí... Prometí volver al cabo de dos horas... Di mi palabra de honor—dijo Clive, excitándose y removiéndose en su lecho.

—Cálmate, Clive... Todo está arreglado... Nos hemos preocupado de todo—dijo Prud.

—¡Oh... Prud... dame la mano!... Así... así me siento mucho mejor...

Entornó un momento los ojos como si fuera a sumirse en un largo sueño, y volvió a abrirlos al notar que alguien más se acercaba a su lecho.

—Es mi padre, Clive... el doctor Gathaway que te ha operado...

—Doctor... ¿le ha dicho su hija que... que... yo deseaba casarme con ella?—preguntó el herido, con una voz que era nada más un susurro.

—Sí... y he dado mi consentimiento... Aquí está el sacerdote del hospital que viene para bendecir vuestra unión — replicó el doctor, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

Así, junto a aquel lecho, se celebró la ceremonia nupcial, brevemente, sencillamente, "in articulo mortis". Así se unieron aquellas dos vidas. Así se selló aquel amor nacido en una explosión de juventud y de dicha, en unos desposorios trágicos y dolorosos.

—...y tomo a Clive Briggs por esposo, desde este momento hasta el fin de mis días, prometiéndole fidelidad en la alegría y en la desgracia, en la riqueza o en la miseria, en la enfermedad como en la salud, hasta que la muerte venga a separarnos...

La voz de Prudencia repetía estas palabras lenta y gravemente, como si quisiera grabarlas bien en su corazón, como si quisiera aún añadir que para ella la fidelidad iría hasta más allá de aquel momento en que la muerte les separara, iría

hasta aquel más allá en que la misma muerte tendría que reunirles de nuevo.

Clive sonrió dulcemente a su esposa, cuando le colocó en el dedo el anillo nupcial y, terminada la ceremonia religiosa, después de haber recibido la felicitación del sacerdote. Prudencia se inclinó y besó al que desde ahora era un esposo...

Fué Monty quien vino a interrumpir aquel momento de emoción. Venía a felicitar al nuevo matrimonio en nombre de todo el regimiento. El doctor Gathaway habíase encargado de dar la noticia y Monty traía las felicitaciones del capitán y de todos los compañeros. Traía, además, un pequeño regalo, tan insignificante que no merecía la pena que le diera las gracias. Y les deseaba muchísima felicidad. Y quería ser el primero en besar a la novia, ya que le cabía este privilegio por haber actuado como padrino de boda, aunque había hecho un poco tarde para asistir a la ceremonia.

—¿Sabes? La guerra nos hace correr a todos... Ya ves, hasta tú, que estás herido y postrado en la cama, corres a casarte antes de ponerte bueno. ¡Bien, chico, me marcho! ¡Siempre había sostenido que eras un valiente!

Salió como había llegado. Monty siempre era el mismo. Sonrieron Prud y Clive al despedirle y luego contemplaron el pequeño obsequio que había traído: era una de las obras de Shakespeare, el autor favorito de Prudencia.

—Es una gentil delicadeza de Monty, haber traído este libro tan delicioso...—murmuró Prudencia.

Clive asintió, entornando los ojos. Se sentía terriblemente fatigado y su cerebro empezaba a confundir imágenes e ideas.

Una enfermera se acercó y dijo:

—La señora Briggs debería marcharse... el enfermo necesita descanso.

Prudencia no replicó; comprendía que la enfermera tenía razón y caminando sobre la punta de los pies salió de la habitación. Clive abrió un momento los ojos para verla salir y se dijo a sí mismo, como si quisiera convencerse de la realidad:

—¡La señora Briggs!...

Y se durmió con aquella dulcísima palabra entre los labios.

A la mañana siguiente Prud le encontró escuchando la lectura que del libro de Shakespeare le hacía la enfermera que estaba a su cuidado:

"Por encima de todo has de tener siempre presente esto: sé fiel a ti mismo. Y si sigues esta idea, si eres fiel a ti mismo día y noche, nunca podrás ser falso con nadie. ¡Adiós... que mis bendiciones caigan sobre ti, mi bien amado!"

—Esto por encima de todo... Sé fiel a ti mismo...—repitió Clive lentamente, como penetrando en el intenso sentido de aquella frase—. ¿Eres tú, Prud?—inquirió, viendo a su esposa inclinarse sobre él para besarle.

—¿Cómo te encuentras, querido?

—Estoy mucho mejor... Me siento como jamás me había sentido...

¿Qué es esto? — preguntó, escuchando el mugir de los aviones que volaban sobre sus cabezas.

—Un raid aéreo... Hace un rato sonó la señal de alarma... Todo el mundo corre a los refugios. —explicó Prudencia

—¿Nos van a dejar solos a los heridos?—dijo Clive, oprimido por un súbito miedo.

—No, no... Yo estaré siempre a tu lado, aunque los demás se marchen.

—¿No tienes miedo?

—No, ¡a tu lado me siento tan segura!... ¿Te acuerdas? Cuanto más cerca cae una bomba, más seguro se está de las otras, porque nunca se da el caso que dos bombas caigan sobre un mismo objetivo... ¿Tienes sed?

Prudencia mojó los labios del enfermo con un algodón. Fuera el bombardeo arreciaba. Dentro de la habitación trepidaban cristales y muebles y las paredes parecía que querían abrirse. Clive miró en torno suyo con ojos de espanto y, posándose luego en los ojos de Prudencia, dijo:

—Debes marcharte, Prud... No puedes quedarte aquí... No debes quedarte aquí...

—Yo no tengo más que un deber... y es estar a tu lado siempre.

Clive cerró los ojos, como si hubiera perdido el conocimiento. Eran las horas de mayor peligro. La fiebre había subido y el cerebro, por momentos, se envolvía en las nubes de la inconsciencia. Prudencia estaba allí, a su lado, con el oído atento al trepidar de las bombas, al ronquido de los aviones, a todo aquel espanto de la guerra desencadenada sobre la ciudad; y miraba al herido llena de piedad y de amor, sintiendo hacia él toda la honda ternura de su corazón de mujer, convertido en corazón de madre junto al hombre moribundo.

—Prudencia... — murmuró la voz de Clive, tras un larguísimo silencio.

—¿Qué quieres, mi vida?

—Quítate la gorra...

Prudencia se quitó su gorra de uniforme y dejó descubierta su cabecita rubia, aquella cabecita que él tanto había admirado y que tanto le gustaba acariciar.

—Así me gustas más... Acércate para que te acaricie tu pelo... Parece seda...

—¿Te sientes mejor?—preguntó Prud, acogiéndose a una remota esperanza.

—Sí... todo va mucho mejor... Los aviones se alejan... Ya no volverán a bombardear... Pronto estarán a muchas millas de distancia...

Divagaba de nuevo, porque el fragor del bombardeo era cada vez más escalofriante.Prudencia bajó la cabeza desalentada, pero no dijo nada, por no turbar los sueños del herido. Y permaneció allí, inmóvil, viendo cómo todo en torno suyo trepidaba por los efectos de la expansión de las bombas.

Su mismo padre fué a rogarle que bajara al refugio, que nada podía hacer por el herido, que debía preocuparse de su propia vida...

—No, no, no, papá... te lo ruego... déjame estar a su lado... No quiero dejarle solo...

—El no se da cuenta de que estás a su lado...

—¡Oh... pero no puedo dejarle morir solo... aunque no se dé cuenta de que estoy aquí, con él!—sollozó Prudencia, abrazándose a su padre.

—¿Por qué estás tan pesimista, pequeña?—le preguntó, acariciándola y tratando de infundirle un poco de ánimo—. Todavía no está todo perdido. Es un caso grave, desde luego, pero estamos haciendo cuanto podemos para salvarle...

—Sí... ya lo sé, papá... por eso quiero estar yo junto a él... Si por un momento recobra el conocimiento, quiero que me encuentre aquí, haciéndole compañía en estas horas de peligro y de ansiedad.

—Como tú quieras, hija mía...

Quedaron los dos solos: ella y el herido, mientras arreciaba el ataque aéreo. Prudencia no sentía miedo. No le hubiera importado morir allí con él. Ahora podía morir a su lado tranquilamente, porque era su esposa. No le inquietaba, como en aquel otro bombardeo, la idea de la extraña situación en que se encontraba, sola en la habitación de un hotel lejano con un desconocido... Ahora, aquel desconocido era su esposo ante Dios y ante los hombres... ¡Ah... si la muerte les acogiera a los dos en su seno!

—Prud...

La voz de Clive, una voz lejana y débil, la sacó de sus meditaciones.

—Sí... aquí estoy... ¿qué quieres?

—¿Se han marchado todos?

—Sí...

—Tú no te irás, ¿verdad? ¿Verdad que no me dejarás solo?

—Claro que no, querido... ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien... ¿Sabes qué estaba pensando? Que... que el mundo será completamente distinto cuando todo eso termine... y que algún día lucharemos juntos por mis ideales... pero que ahora tenemos que luchar, juntos también, por los ideales que tú me has hecho conocer y amar... Tenías razón... hemos de ganar esta guerra...

—Sí, Clive, la ganaremos... Pero ahora descansa...

—Sí... voy a descansar... "Por encima de todo ten en cuenta esto: sé siempre fiel a ti mismo..."—murmuró, repitiendo las palabras del poeta.

Y su mano se entrelazó fuertemente a la mano de Prud, con un apretón de promesa de regeneración.

FIN

EDICIONES BISTAGNE
publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

Obs. Franuz Rogs
4/01

Cubierta T. G. J. SOLER
Provenza, 60 - Barcelona